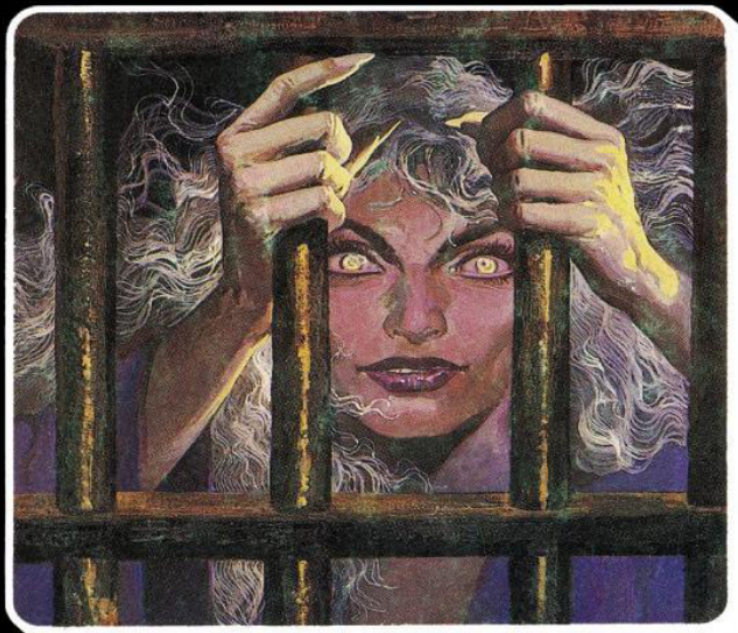
Serie terror
THANATOS

NOVELA INEDITA

Alan Parker

¿Muñecas?
¡No, gracias!



EDICIONES FORUM

Alan Parker

¿Muñecas? ¡No, gracias!

EDICIONES FORUM

1.ª edición: mayo 1985
Esta edición es propiedad de Editorial Delta, S. A.
Paseo de Gracia, 88, planta 5.ª 08008 Barcelona.

© Texto: Alan Parker
© Cubierta: Ballestar - Ag. Norma

ISBN: 84-7598-113-5
Depósito Legal: M. 15.523-1985
Fotocomposición: T. G. S.
Luis Millet, 69 - Esplugas (Barcelona)
Impresión: Gráficas FUTURA. Sdad. Coop. Ltda.
Villafranca del Bierzo, 21-23.
Fuenlabrada (Madrid)
Printed in Spain - Impreso en España, mayo 1985

Las situaciones y personajes de esta novela son ficticios.
Todo parecido con la realidad es mera coincidencia.

PRIMERA PARTE

1

Aquella noche mi chica y yo fuimos a cenar con unos amigos y después, cerca ya de la madrugada y con unas copas de más en el cuerpo, nos dirigimos a su apartamento, nos desnudamos y nos metimos en la cama. Me disponía a abrazarla cuando de repente Amanda recordó algo y se incorporó preguntando:

—¿Dónde la has dejado?

—¿El qué?

—La muñeca.

Se refería a la preciosa muñeca ataviada como a principios de siglo y con unas mejillas coloradotas que ella había ganado en el Club 46 al responder acertadamente a la pregunta que le había hecho el animador: «¿Quién descubrió América?»

No es que Amanda fuese una lumbrera pero tampoco era tan tonta.

Naturalmente, no fue la única que se llevó el premio. También lo hicieron otras cuatro señoritas respondiendo a preguntas más o menos estúpidas.

Era un modo como otro de regalar muñecas a las damas.

—Seguramente la habré dejado en mi coche —le respondí.

—Pues ve a buscarla.

—¿Qué?

—Doc, que te conozco. Que mañana te largas sin habérmela dado y luego, al llegar a tu apartamento, la tiras al cubo de la basura. ¡Y es tan bonita!

—Te prometo que no haré tal cosa, nena.

—Quiero esa muñeca, Doc.

—¿Vas a permitir que vuelva a vestirme, que baje a la calle con el frío que hace por una maldita muñeca?

—O eso o será mejor que vayas pensando en acostarte con tu abuela.

Abandoné la cama de un brinco, mascullando:

—¡Estás loca!

Mientras me vestía me pregunté por qué las mujeres suelen ser tan caprichosas y por qué yo era tan imbécil de hacer lo que ella me había pedido. Pero lo cierto era que lo estaba haciendo y que un par de minutos después me encontraba bajando por el ascensor con un humor de perros.

Crucé la solitaria y húmeda calle y me encaminé hacia mi coche.

Un policía de servicio plantado bajo una farola me observó desde la esquina.

Desaparecí en el interior del vehículo y, cuando volví a aparecer, el poli se encontraba más cerca. No me quitaba la vista de encima. Mientras cerraba la portezuela, le mostré la muñeca.

—Mi amiguita no puede conciliar el sueño si no tiene a una de éstas a su lado —le dije con una sonrisa de circunstancias.

—Pues mi mujer prefiere tenerme a mí —respondió el poli con sorna.

—¡Muy gracioso…!

Volví a cruzar la calle imaginando al policía riéndose de mí. Y no le faltaban motivos.

Mientras subía en el ascensor eché un vistazo a la muñeca. Particularmente, las odio. Me recuerdan diminutas criaturas humanas, fetos de cartón o algo por el estilo. Les tengo verdadera manía. Más que manía, asco. Pero tuve que reconocer que aquélla era realmente bonita. Tenía unos grandes ojos negros y la boquita pintada y en las mejillas unas graciosas pinceladas rojas. Su cuerpo parecía de verdad y brillaba bajo la luz que proyectaba el plafón del techo.

Entré en el dormitorio y la arrojé sobre la cama con un gruñido.

—¡Ahí tienes a tu maldita muñequita!

Amanda la cogió casi con ternura de madre, le arregló el vestidito y la colocó en la mesita de noche.

—¡Eres un encanto, Doc! —exclamó luego con los brazos abiertos.

Me zambullí entre los mismos al encuentro de su excitante y perfumado cuerpo y, a los pocos segundos, había perdido la noción del tiempo pero a cambio recibí una deliciosa oleada de placer cuando sus piernas se entrelazaron en mi cintura y me arrastraron

hasta lo más profundo de sus entrañas.

Estaba en pleno goce, gimiendo como un loco, cuando en un momento determinado, al levantar la cabeza, reparé en la muñeca.

Aquella sensación duró apenas un instante pero me pareció observar un extraño y repentino brillo en sus ojitos, un brillo que no había detectado cuando poco antes la había tenido en mis manos.

Pero no fue sólo eso.

Descubrí algo más.

En su boquita pintada había una sonrisa burlona y diabólica.

—¿Qué te pasa, Doc? —Oí que preguntaba Amanda.

Aparté los ojos de aquella maldita muñeca y miré a mi chica, atónito y desconcertado, porque acababa de descubrir que mi virilidad había desaparecido por completo.

—Por un momento me ha parecido que lo estabas pasando divinamente —dijo ella posiblemente tan desconcertada como yo.

—Y así era pero…

—Pero ¿qué? ¿He hecho algo mal?

—¡Oh, no! Tú no tienes la culpa de nada, nena.

—¿Entonces? ¿Es que te preocupa algo?

—Esa muñeca.

Amanda volvió la cabeza hacia la misma y después me observó como si me hubiera vuelto loco de repente.

—Doc, ¿te encuentras bien?

—Sí, muy bien —pero en aquel instante supe que ya no podría seguir haciendo el amor. Algo se había detenido en mi interior, algo había dejado de funcionar. Era como cuando una luz se apaga y queda todo a oscuras.

Salí de entre sus piernas, me dejé caer a su lado y encendí un cigarrillo.

No me atrevía a mirarle a la cara.

Imaginé que estaba enfadada pero no podía darle otra explicación que la que ya le había dado.

La muñeca lo había estropeado todo.

Pero ¿por qué?

Me parecía inaudito.

Absurdo.

Sin embargo, me llevé una repentina sorpresa. Amanda no estaba enfadada o por lo menos no quiso demostrar que lo estaba. O

a lo mejor es que se sentía herida en su amor propio de mujer. Supongo que debía tratarse de esto último porque, sin mediar una sola palabra, me quitó el cigarrillo de los dedos, lo aplastó en el cenicero y con la lengua comenzó a hacer estragos en las partes más sensibles de mi cuerpo.

Recuperé por entero mi virilidad.

Volví a refugiarme entre sus brazos y a moverme entre sus piernas de terciopelo y, unos minutos después, nos estábamos revolcando en la cama gimiendo de placer.

Terminó todo y se hizo un corto silencio mientras recuperábamos la respiración.

Ella se echó a reír.

—¿Qué sucede? —le pregunté volviendo la cabeza.

—Me ha hecho gracia lo de la muñeca. No sabía que influyeran tanto en tu famosa virilidad, Doc.

—*Ésa* sí.

Amanda me miró, confundida.

—¿Hablas en serio?

—Por completo. Es odiosa. Hermosa, pero aborrecible.

—¡Pero si es *sólo* una muñeca, Doc! ¿Qué tienes contra ella?

—Dirás qué tiene *ella* contra mí.

—¡No puedes estar hablando en serio a no ser que hayas perdido el juicio, Doc! ¿Cómo puedes pensar eso?

—Aunque no te lo creas, la he sorprendido riéndose de mí.

Amanda se incorporó, estupefacta.

—Cariño, me estás gastando una broma, ¿verdad?

—En absoluto. Había una extraña y diabólica sonrisa en esa boquita pintada que me ha causado un escalofrío. Ya sé que cuesta de creer una cosa así, pero es cierto. No estaba soñando. Lo he visto con mis propios ojos.

De un zarpazo ella cogió la muñeca y la puso delante de mí.

—Mírala bien, Doc.

—Ya lo hago.

—¿Qué es lo que ves?

—Una asquerosa muñeca.

—¿Qué tiene de asquerosa? Yo la encuentro bella.

—Es bella pero asquerosa. Amanda, *odio* a las muñecas.

—¿Por qué? ¿Hay alguna razón?

—Sí, una.

—¿Cual? Me gustaría escucharla.

—Déjalo.

Bajé de la cama y fui en busca de un *whisky*. Mientras me lo estaba preparando y a través del espejo que había delante de mí, vi a Amanda con la muñeca en sus manos, mirándola estúpidamente, preguntándose qué podría haber entre *ella y yo*.

Con el vaso en una mano y un cigarrillo en la otra, me senté en una esquina de la cama. Amanda dejó la muñeca sobre la mesita de noche y vino hacia mí a gatas.

—Dame un trago.

Bebió sin perderme de vista. Seguramente, en su cerebro bailaban mil preguntas.

—Toda la culpa la tuvo una maldita muñeca de ésas… —Las palabras brotaron de mis labios sin darme cuenta. Estaba claro que mi subconsciente me empujaba a hablar para aliviar el peso de mis recuerdos de infancia—. Se llamaba *Dolly*.

—¿Quién?

—La muñeca favorita de mi hermana Ruth. Se parecía mucho a ésa. Yo tenía entonces trece años y ella diez. Los sábados por la tarde solíamos ir a pescar a un río. Ruth se llevaba siempre la muñeca con ella. Un día se le cayó al agua y la corriente se la llevó. Mi hermana se puso a llorar desconsoladamente. Yo hice lo que pude por recuperarla pero fue inútil. La corriente era demasiado fuerte y *Dolly* se fue alejando, alejando… Mi hermana echó a correr por la orilla tras su muñeca. Yo le grité que volviese. Pero no me hizo caso. *Dolly* seguía alejándose pero de repente quedó atrapada entre dos rocas.

»Ruth se arrojó al agua con intención de recuperarla. Al ver aquello, comprendí que mi hermana estaba en peligro y corrí hacia ella, enloquecido, gritándole que saliese de allí. Demasiado tarde. La corriente la arrastró río abajo. A veces, aún oigo sus gritos pidiéndome que la salvase. Pero no pude hacer nada. Únicamente ver cómo desaparecía…

»Y la maldita *Dolly* seguía allí, entre las rocas… Ella se había salvado y, sin embargo, Ruth… había muerto ahogada… Le estuve arrojando piedras hasta destrozarla».

—Lo siento, Doc. Pero aquello fue un desgraciado accidente.

Dolly no tuvo la culpa de nada.

—¡Ella fue la culpable de todo!

—Doc…

Me había puesto de pie de un salto, con las manos en las sienes.

—Yo adoraba a mi hermana, Amanda. ¡La quería más que nada en este mundo! Y ahora está muerta por culpa de *Dolly*. Ésa es una idea que nadie me va a quitar de la cabeza. ¡Nadie!

Sé que Amanda estaba asombrada. Hacía cinco años que nos conocíamos y aquélla era la primera vez que me veía en aquel estado. Acababa de descubrir una faceta en mí que le era totalmente desconocida. Yo, que siempre me había mostrado duro, enérgico… ahora estaba al borde de la histeria.

Y todo por una muñeca.

Me serví otro *whisky* y lo apuré de un solo trago mientras Amanda se acercaba, silenciosa como una tigresa, y me rodeaba con sus brazos.

—Lo siento… —Me disculpe—. Me he comportado como un crío. Pero te juro que no sé qué es lo que me ha ocurrido. Todo ha sido ver esa muñeca del demonio riéndose de mí, burlándose…

—¡Doc eso *no* es posible! ¡Ha sido producto de tu imaginación! ¡No es más que una muñeca! ¡*No* tiene vida!

—Me tomas por un loco, ¿verdad?

—No…

—¡Sí! ¡Crees que me he vuelto loco!

—Cálmate, Doc. Te lo suplico… Cariño, todo esto no tiene el menor sentido lógico, pero voy a hacer una cosa.

Se acercó a la mesita de noche, cogió la muñeca y la guardó en el armario.

—No volverás a verla —me dijo después—. Jamás.

—Gracias, Amanda.

Me tumbé en la cama. Me sentía horriblemente cansado. ¿Qué diablos me había ocurrido? ¿Había vivido una pesadilla?

Me despertó el claxon de un coche.

Al abrir los ojos comprobé que ya era de día y que Amanda estaba durmiendo plácidamente a mi lado Una de sus hermosas piernas asomaba por debajo de la sábana y los rubios cabellos cubrían buena parte de su rostro. La besé en la mejilla y me metí en el baño y, al contemplarme en el espejo, me di cuenta de que las

pequeñas arrugas que surcaban mis ojos habían aumentado de tamaño.

Me estaba haciendo viejo.

Si es que se puede decir que un hombre es viejo a los treinta y dos años.

Hice algunos ejercicios para desentumecer los músculos y me metí en la ducha.

Una vez vestido me dirigí a la cocina y me preparé un par de huevos fritos.

Me sentía bien aquella mañana, sobre todo después de lo que había ocurrido la noche anterior.

La noche anterior…

¡Todo aquello no había sido más que una pesadilla!

Ahora, a la luz del nuevo día, me daba perfecta cuenta de que me había comportado como un idiota. ¿Qué habría pensado Amanda de mí? Me sentía ridículo.

Además, ella tenía razón.

¿Cómo puede una muñeca burlarse de alguien?

Para eso, deberían tener vida propia.

Y las muñecas *no* la tienen.

Tenía que olvidar cuanto antes aquel estúpido incidente debido con toda seguridad a la manía que les tenía a las muñecas después de lo que le había sucedido a mi hermana Ruth.

Una vez que hube terminado de desayunar, regresé al dormitorio.

Amanda seguía durmiendo. Decidí no despertarla y llamarla más tarde por teléfono.

Me estaba poniendo la americana cuando mis ojos repararon en el armario.

Tenía que demostrarle a Amanda que mi estupidez había desaparecido con el nuevo día, así que lo abrí y cogí la dichosa muñeca. Me la quedé mirando, cerca de la ventana. Era bonita. ¡Diablos, parecía un diminuto ser humano!

La coloqué sobre la mesita de noche, le di un beso en la mejilla a Amanda y me dirigí a la puerta.

Cuando estaba a punto de abrir, me pareció oír un ruido a mis espaldas y al volverme…

No vi nada.

Nada que hubiera podido producir aquel ruido.
Pero al fijarme en la muñeca…
Sentí un escalofrío.
¡Una vez más se estaba riendo de mí!

2

«Necesitas que te vea un psiquiatra», me dije mientras conducía por Belmont Avenue camino de mi oficina.

Está enclavada en una calle tranquila, con poco tráfico, como a mí me gusta. El edificio tiene cinco plantas, todas ellas dedicadas a despachos más o menos lujosos. El mío, por supuesto, no lo es. Ningún detective privado puede permitirse el lujo de tener un despacho excesivamente lujoso a no ser que tenga una selecta clientela que yo por supuesto no poseo. Lo que sí tengo es una eficaz secretaria llamada Rose. Es rubia, no muy alta, tiene unos ojos preciosos y unas piernas esbeltas. Jamás he intentado ligar con ella. No hay que mezclar el trabajo con el placer de la diversión y mucho menos cuando se trata de una secretaria viuda y con un hijo de tres años. Entonces resulta terriblemente peligroso porque puedes verte envuelto en una boda…

… Y eso no me atraía.

Se escuchaba el tecleteo de la máquina de escribir de Rose en el corredor. Consulté mi reloj. Eran las nueve y cinco. Aquella muchacha era realmente puntual.

Empujé la puerta acristalada en la que un pomposo letrero indicaba:

DOC MILTON
Detective privado

—Buenos días, Rose.

—Buenos días, señor Milton.

Me revienta que me llamen «señor Milton» pero a ella se lo consiento con el objeto de guardar un prudente distanciamiento entre ambos.

Di un rodeo a mi mesa y me dejé caer en el sillón.

—¿Qué hay para hoy, Rose?

—Nada.

Una respuesta para desmoralizar a cualquiera.

No se me ocurrió otra cosa que decir con una falsa sonrisa:

—Pues esto hay que celebrarlo, Rose, ¿no le parece?

Abrí un cajón de la mesa, saqué una botella de *whisky* y dos vasos. Puse uno delante de mi secretaria y lo llené hasta la mitad. Hice lo mismo con el mío.

—Chin, chin… —dije luego.

Rose no hizo el menor gesto por coger su vaso y, por primera vez, me di cuenta de que estaba de mal humor.

Tenía el ceño fruncido y me miraba como si aún no le hubiese pagado la mensualidad.

Aunque a lo mejor no lo había hecho…

—¿Ocurre algo? —le pregunté. Me había quedado con el vaso a mitad de camino—. Ya lo sé. No me lo diga. Han telefoneado del Banco diciendo que estoy al descubierto…

—¡Eso es lo que ocurrirá muy pronto si no tomamos medidas urgentes, señor Milton! —explotó Rose cada vez más enfadada.

Era la primera vez desde que la conocía que la veía de aquel modo. Incluso estaba más bonita.

—¿Qué es lo que le pasa esta mañana, Rose?

—Señor Milton, hace cinco años que trabajo para usted y creo conocerle bien. Es usted un hombre encantador, un jefe estupendo. Es inteligente y justo. ¡Pero como hombre de negocios es usted un verdadero desastre!

—¿A qué viene eso ahora?

—Estamos sin blanca.

—Lo sé.

—¿Y qué piensa hacer?

—¿Qué puedo hacer, Rose?

—¡Deje de jugar a ser un buen chico y acepte cualquier trabajo que pueda dejar dinero!

Empecé a comprender por dónde iban los tiros.

—Señor Milton —Rose volvió a la carga—, hace un momento me ha preguntado qué teníamos para hoy. Yo le he respondido que nada. Y es verdad. Pero es que mañana ocurrirá lo mismo y pasado mañana… y al otro… ¡La realidad es que nos hemos quedado sin

clientela!

—Eso no es cierto —apunté irónicamente—. Tenemos a ese individuo que de vez en cuando me paga para que siga a su mujer…

—Por favor, señor Milton, estoy hablando completamente en serio.

—Yo también, Rose —me puse en pie—. ¿Qué es lo que quiere decirme? ¿Qué acepte cualquier caso que me pongan encima de la mesa? Sabe que no lo haré. Si el cliente no me gusta prefiero que se busque otro detective. No me atraen los casos turbios. Ni los apaños, ni los chanchullos. Me gusta jugar limpio.

—¿Cree que no lo sé? Pero yo no le estoy hablando de eso, señor Milton. No le estoy diciendo que juegue sucio. Sin embargo, dígame una cosa, ¿por qué no aceptó trabajar para el señor Farrow? Es millonario, influyente y…

—De la Mafia —concluí.

—¿Por qué está tan seguro de eso?

—Porque lo estoy. Usted sabe tan bien como yo que tengo buenos contactos en la Policía. Rose, no pienso cambiar mi conducta de trabajo. Prefiero estar sin blanca pero vivir tranquilo. Ahora bien, si usted no está de acuerdo, lo comprenderé y buscaré un nuevo trabajo. Es posible que haya algo en *Ferguson & Power*. Son buenos chicos y están subiendo como la espuma. Les llamaré.

—¡Deje ese teléfono! —chilló ella colocando su mano sobre la mía—. ¡No podría tener otro jefe que no fuera usted!

Aquello me emocionó e iba a darle las gracias, cuando alguien llamó a la puerta acristalada.

—Vaya a ver quién es, Rose.

Se trataba de una extraña mujer de unos cincuenta años. Enjuta, elegante, vestida de negro. No era fea pero tampoco hermosa. Era una mujer enigmática, de esas que suelen ser del agrado de los hombres maduros.

Me alargó una mano enguantada y diciendo:

—Soy la señora Collins. Harriet Collins.

—Encantado. Tome asiento, por favor.

Lo hizo frente a mí mientras Rose cerraba la puerta con un guiño como dándome a entender que no dejara escapar el asunto.

—¿Qué puedo hacer por usted, señora Collins?

La mujer cruzó las piernas. Se conservaban bonitas y firmes. Y

ella lo sabía.

—Vivo en Sunset Crow —dijo abriendo el bolso y sacando una pitillera—. Sola. ¿Entiende? No tengo a nadie. Mi marido murió hace seis años. La casa es enorme. Pero es que además está el almacén…

Me abalancé por encima de la mesa para encenderle el cigarrillo.

Expelió el humo.

—Gracias… Como le decía, aquello es enorme… Demasiado para una mujer sola. Y de un tiempo a esta parte, tengo miedo.

—¿Miedo? ¿De qué? ¿Hay alguna causa?

—No, señor Milton. No hay ninguna. Excepto… *esos ruidos*.

—¿Ruidos? ¿Qué clase de ruidos?

—Diversos… no sabría explicarle. Lo que pienso es que hay alguien en el almacén, ¿comprende? Quiero decir que alguien se oculta allí por las noches, algún vagabundo, quizá. No lo sé.

—Veamos; ese ruido del que me habla, ¿únicamente se oye en el almacén?

—Así es.

—¿Ratas?

—No lo creo.

—¿Ha hablado con la Policía?

—Sí.

—¿Y bien?

—Estuvieron allí una noche pero no ocurrió *absolutamente nada*. No se oyó un solo ruido. Pero a la noche siguiente volvieron a escucharse otra vez.

Me eché hacia atrás.

—Señora Collins —dije al cabo de un momento de reflexión—, no veo qué puedo hacer yo en este asunto. No es misión de un detective privado sino de la Policía.

—La Policía ya no me hace ningún caso, señor Milton. Es posible que hasta me hayan tomado por loca. Por eso he recurrido a usted. Quiero que averigüe a qué se deben esos ruidos. Créame que para mi resulta terrible vivir en ese estado de tensión. Por las noches no puedo conciliar el sueño. ¡Es espantoso!

—Pero…

Me interrumpió:

—Le pagaré bien. No tengo problemas económicos. Mi marido

me dejó una buena herencia.

Recordé entonces la conversación que había sostenido con mi secretaria hacía un rato. No le faltaba razón. Yo era un pésimo hombre de negocios. Y mi cuenta corriente estaba a punto de saltar por los aires…

—Está bien, señora Collins —dije—. Haré el trabajo…

—¡Magnífico, señor Milton! —La mujer volvió a abrir el bolso y sacó un talonario de cheques—. Le daré quinientos por anticipado, ¿le parece bien?

—Correcto.

Extendió el cheque y me lo entregó.

Con el cheque en la mano la acompañé hasta la puerta prometiéndole que a las siete en punto estaría en su casa de Sunset Crow.

Al abandonar la oficina, la señora Collins había dejado tras de sí un penetrante olor a perfume.

—«Medianoche árabe» —dijo Rose.

—¿Qué?

—El perfume que usa la dama.

—¡Ah!

—Es de los más caros.

Dejé el cheque sobre la mesa de la chica.

—Esto me lo ha dado a cuenta.

—Parece interesante. ¿Qué tiene que hacer, señor Milton? ¿Vigilar a su marido?

—Tengo que hacer de niñera.

—¿Cómo?

Me metí en mi despacho cerrando de golpe la puerta que comunicaba con el de Rose. Supongo que la muchacha debió de quedarse con un palmo de narices pero es que yo me encontraba de un humor de perros. ¡Después de más de diez años de profesión, ahora me veía obligado a hacer de niñera de una vieja histérica! ¿Qué había sido de mí?

Era un fracasado.

Aquello merecía una buena borrachera pero no habría sido ético hacerlo delante de Rose, así que le dije que me largaba. Pero ella debió de sospechar algo porque diez minutos después la tenía a mi lado en el bar de Spencer.

—No me venga con sermones —le gruñí—. No los soportaría.

—No pienso sermonearle, jefe —se rió ella.

Aquélla era la primera vez que me llamaba «jefe».

¿Qué pretendía ahora? ¿Comportarse como la secretaria de Sam Spade? Pues yo no era Sam Spade. Yo era Doc Milton, de profesión sus fracasos.

Me cogió por la manga y tiró de mí.

—Vamos —me dijo.

—¿A dónde?

—A mi casa. Le invito a comer.

—No, gracias.

—¿Por qué no?

—No quiero ser su lástima.

—No sea tonto. No le tengo lástima. Simplemente deseo invitarle a comer. Hoy es mi cumpleaños.

Vivía en un apartamento muy coquetón con muchas plantas. Su hijo estaba en la guardería.

Ocupé un cómodo sofá y me sirvió un Martini. Luego puso en marcha el tocadiscos.

—Y ahora discúlpeme. Voy a hacer la comida.

Quince minutos después estábamos el uno frente al otro, sentados a una mesa, cerca de la ventana que comunicaba con la terraza. Había preparado una deliciosa ensalada alemana y salmón con salsa de piñones.

—No sabía que fuera tan buena cocinera —le confesé.

—Ignora muchas cosas de mí, señor Milton.

—¿Por ejemplo?

—Que hoy cumplo veintinueve años y que desde hace cinco estoy locamente enamorada de usted.

Me quedé con la boca abierta.

Ella se echó a reír con ganas.

—¡No ponga esa cara, hombre! Que no pienso pedirle que se case conmigo. Sé lo que opina del matrimonio.

—No sabía que usted… —farfullé—. En fin… yo…

—No he dicho nada. Olvídelo.

—Pero…

—Me gusta ser sincera. Siempre digo lo que pienso. Y ahora termínese el salmón. Se le va a enfriar.

Pero aquella inesperada confesión me había dejado roto. Me sentía culpable de algo y no sabía a ciencia cierta de qué. ¿Quizá de no haberle prestado más atención a Rose?

Ahora, sabiendo que ella estaba tan enamorada de mí, me iba a sentir muy mal cada vez que la tuviera cerca.

A las siete en punto estaba llamando a la puerta de la sórdida pero elegante casa de Harriet Collins.

Vivía en un extremo de la ciudad, bastante tranquilo.

Había un bosque no muy lejos de allí y la carretera principal quedaba a unas tres millas.

El jardín estaba bien cuidado. Excesivamente bien cuidado. Se diría que la señora Collins era una mujer muy meticulosa con las plantas. Había muchas rosas rojas y geranios.

—Entre, señor Milton.

El interior era bastante funesto pero todo estaba en perfecto orden. En el saloncito con los cortinajes rojos había una biblioteca y una enorme vitrina con gran cantidad de figurillas y otros objetos de oro y plata.

Todo aquello tenía un valor incalculable.

—¿Quiere beber algo?

—No se moleste.

—No es ninguna molestia. ¿Brandy?

—Sí, muchas gracias.

La observé mientras se dirigía al mueble donde se encontraban las bebidas. A pesar de sus cincuenta años se conservaba muy bien. Tenía una bonita figura realzada por un vestido muy ceñido al cuerpo. Era indudable que en su juventud había sido una mujer muy bella.

Pero lo que más me llamaba la atención, era su rostro.

Realmente, no correspondía al de una mujer de cincuenta años. No había ni una sola arruga en él y la piel era blanca y tersa. Los labios estaban pintados de un rojo intenso.

Me recordó la cara de la muñeca de Amanda. ¡Claro!

¿Cómo no me había dado cuenta antes?

El rostro de Harriet Collins recordaba el de una muñeca.

—Su *brandy*, señor Milton.

—Muchas gracias.

Tomó asiento en una silla e hizo un gesto con la mano para que yo hiciera lo propio en la que se encontraba frente a ella.

—¿No debería ir a visitar ese almacén? —le pregunté.

—Hay tiempo. Los ruidos no comienzan hasta las ocho. Si le he citado una hora antes es porque quería hablar con usted.

—Bien, la escucho.

—¿Es usted un hombre valiente, señor Milton?

—Bastante.

—Magnífico. Eso simplificará las cosas.

—No la comprendo.

—Quiero decir que esos ruidos me tienen muy preocupada. Temo que se trate de una especie de *venganza*.

La miré sin entender nada.

Era una mujer a la que le gustaba hablar de un modo misterioso.

Sonrió.

Sus dientes eran maravillosamente perfectos.

—Me debe tomar por alguna chiflada, ¿verdad, señor Milton? Es posible que lo esté. Sí, es posible que esté loca. Pero esos ruidos *existen*. No me los he inventado. Puede que por las noches vaya algún vagabundo a dormir a ese almacén. Y que sea él el causante de esos ruidos. Pero no lo creo.

—Señora Harriet, ¿a dónde quiere ir a parar?

—Necesito a un hombre valiente a mi lado. Y si usted lo es, pues mucho mejor.

—Sigo sin comprenderla.

—Acompáñeme, por favor.

Me levanté:

Abandonamos la casa y me condujo a través de un patio trasero que comunicaba con el almacén.

Entre los dos empujamos una pesada puerta.

—Entre —me invitó ella.

La seguí por un corredor con el suelo de madera, bastante oscuro. Había un par de puertas a ambos lados.

En una aún se podía leer en un sucio rótulo:

JACK COLLINS
Manager

—Era el despacho de mi marido —me aclaró la mujer.

Dejamos atrás el corredor y casi a continuación penetramos en una nave bastante amplia.

Ella encendió la luz.

Al comprobar lo que había allí dentro sentí un profundo escalofrío.

—Creo que *ellas* tienen la culpa de todo, señor Milton —oí que decía sombríamente la señora Collins.

Al decir *ellas* se refería al casi centenar de muñecas que había en las estanterías.

¡Muñecas!

Muñecas por todas partes.

También era mala pata…

—Mi marido las fabricaba. Era famoso. Uno de los mejores —la mujer me miró.

Y yo estaba mirando a las malditas muñecas.

Como hipnotizado.

—Señor Milton…

—¿Decía algo?

—Le estaba diciendo que creo que *ellas* tienen la culpa de todo. Pero usted no parece muy impresionado por mis palabras.

—No me impresiono fácilmente —respondí por decir algo.

—Fantástico. Entonces, creo que usted y yo vamos a entendernos muy bien, señor Milton. Y ahora le dejo.

Me quedé a solas con aquellas horribles criaturas.

3

Lo primero que hice fue encender un cigarrillo para calmar un poco mi sistema nervioso. Era realmente asombroso descubrir así de pronto la espantosa alergia que les tenía a las dichosas muñecas. Y todo había comenzado la noche anterior, en el dormitorio de Amanda, aunque posiblemente era algo que arrastraba desde el accidente que le costó la vida a mi hermana Ruth.

Odiaba las muñecas.

Así de sencillo.

Aunque tampoco era para desesperarse. Hay personas que sienten alergia de las plantas o de las moscas. Yo sentía alergia de las muñecas. Un psiquiatra me habría comprendido. En todo caso, era a mí al que le asombraba ese descubrimiento. Nunca me habían gustado, es cierto. Pero de eso a aborrecerlas de aquel modo mediaba un abismo.

Tenía que calmarme. Y pensar fríamente.

—No te gustan las muñecas —me dije en voz alta—. Bueno, ¿y qué? ¡Que se vayan todas a la mierda!

Y dicho esto, les eché un despreciativo vistazo. Las había de todos los tamaños y modelos. Algunas no estaban vestidas, como si fuesen criaturas ignoradas. Las otras, sí. Fijé mi atención en una de ellas. Llevaba un vestido como los que usaban a principios de siglo las señoritas de alto copete, incluido el sombrerito. Le habían puesto medias blancas y zapatitos de charol. Tenía una mirada picara y divertida, incluso de coqueta. Los labios pintados formaban un gracioso circulito. Era una verdadera y abominable monada.

—¡Hija de puta! —murmuré.

Me sorprendí a mí mismo por haber dicho aquello No tenía sentido. Ni era lógico. Pero lo había dicho, como si aquella criatura de cartón me hubiese jugado alguna mala pasada.

La cogí de la estantería y le guiñe un ojo.

Quería congraciarme con ella.

—¿Cómo te llamas? ¡Espera! Déjame adivinarlo. Susy… ¡No! Dolly. Eso es. Dolly. ¿Tampoco? ¿Mary? Bueno, es igual. Te bautizaré yo. Desde este momento te llamarás… Hortensia. ¡Ja, ja! ¡Eso es! ¡Hortensia!

Le levanté las faldas.

Llevaba unas braguitas de encaje muy monas, aunque más que braguitas eran calzones.

De repente me ocurrió algo extraño.

Noté que mi virilidad se ponía en movimiento.

¡Santo cielo!

Me había puesto cachondo por una maldita muñeca. Era el colmo. La volví a colocar en la estantería y le di la espalda, cabreado conmigo mismo, y anduve unos pasos en dirección a la puerta. Entonces, descubrí algo. Había una puerta delante de mi cerrada con un candado. ¿Qué habría allí dentro?

Consulté mi reloj.

Eran las ocho y media y no se había oído ruido alguno, no había pasado absolutamente nada. Me senté en una silla y encendí otro cigarrillo mientras me preguntaba qué diablos estaba haciendo allí. No tenía que haber aceptado aquel trabajo. Era insultante para mi profesión y, lo que era peor, ahora tenía que seguir adelante después de haber aceptado los quinientos dólares de adelanto que me había entregado aquella extraña mujer.

Me eché hacia atrás y miré hacia arriba. Había un agujero en el techo de madera, un agujero bastante grande, lo suficientemente grande como para que pudiese pasar una persona a través de él.

Volví a fijarme en las muñecas.

¿Qué habría querido decir la señora Collins al asegurar que ellas tenían la culpa de *todo*?

¿A qué se estaría refiriendo?

Súbitamente oí pasos en el corredor.

Me puse de pie de un salto y vi a la señora Collins avanzando hacia mí con una bandeja.

—Su cena —me dijo escuetamente dejando la bandeja encima de la silla.

Ensalada, un filete con patatas hervidas y guisantes, fruta y un par de panecillos.

—Veo que todo está en calma —dijo después.

—¿Hasta cuándo tengo que estar encerrado aquí dentro, señora Collins?

—Hasta mañana por la mañana, naturalmente.

—¿Durante cuántos días?

—Veremos.

Su respuesta no me satisfizo lo más mínimo. No estaba dispuesto a aguantar aquel encierro por mucho tiempo.

Pareció que adivinaba mis pensamientos.

Sonrió abiertamente.

—Señor Milton, sé que no le gusta el trabajo que le he asignado. Y lo comprendo. Pero ¿tiene algo mejor?

—Naturalmente.

—Miente, señor Milton. He hecho averiguaciones acerca de usted, ¿sabe? Y en este momento, no tiene un solo cliente que valga la pena y yo, sin embargo, le ofrezco mil dólares por no hacer nada. ¿Alguna pregunta?

Su lógica era tan aplastante que no dije nada aunque la maldije interiormente por haber sido tan cruelmente sincera.

Me sentí ridículo.

—Hasta mañana, señor Milton —la mujer se despidió de mí con una amable sonrisa y abandonó el almacén perdiéndose en las sombras del corredor.

Mientras daba cuenta del filete, me pregunté a qué sería debido el desmesurado interés de la señora Collins por mí hasta el extremo de hacer averiguaciones acerca de mi situación profesional. Eso habría sido lógico de tratarse de algún caso importante, pero no para hacer de vigilante nocturno…

Después de cenar di un paseo por el resto del almacén, débilmente iluminado por una bombilla adosada a una de las paredes.

Todo aquello era bastante siniestro.

El resto de las estanterías, a excepción de las que ocupaban las muñecas, estaban vacías. Volví sobre mis pasos, entonando una canción y procurando olvidar mis fracasos profesionales. No quería pensar en ello porque me ponía de mal humor.

Me senté en aquella silla, frente a las muñecas y de repente ocurrió algo que me dejó confuso.

Hortensia no se encontraba en el mismo lugar que yo la había dejado. No era ninguna alucinación. Estaba seguro de haberla dejado entre una que iba vestida de marinero y otra desnuda. Y ahora, Hortensia se encontraba en el *otro extremo*. En solitario, como si no quisiera saber nada con el resto de sus compañeras.

—No, no es posible —me dije cerrando los ojos—. Estás en un error, Doc. La has dejado dónde está ahora. Lo que pasa es que estás confuso. ¡Por todos los diablos! ¡Las muñecas no van de un lado a otro como si fueran criaturas vivientes!

Volví a abrir los ojos.

Mi *amiga* Hortensia tenía sus ojitos fijos en mí y habría jurado que había una sonrisa burlona en su boquita pintada, al igual que ocurriera con la que tenía Amanda.

Me encaminé hacia ella, sosteniendo su mirada.

—¿Te crees muy lista, verdad? —le pregunté.

Lógicamente, no recibí respuesta alguna.

—Ahora mismo vas a contarme cómo lo has hecho. Porque a mí no me engañas, zorra. Tú estabas entre esa que va de marinero y la otra que debe de ser huérfana. Y no me digas que no porque me acuerdo perfectamente. Vamos, habla de una maldita vez.

La agarré por el cuello y la zarandeé.

—¡Habla, te digo!

Silencio.

De un violento manotazo la arrojé al suelo.

Se le desprendió el sombrerito y una pierna le quedó ligeramente torcida. Me la quedé mirando como un estúpido, sin hacer absolutamente nada por recogerla.

—¡Muy bien hecho, sí, señor! —Oí de repente a mis espaldas.

Me revolví.

Delante de mí tenía a un individuo con toda la traza de un vagabundo. En su rostro enjuto y pálido había una barba de varios días, descuidada y sucia. Un sombrero de fieltro tan viejo como él le caía ligeramente sobre los ojos. Llevaba una americana y unos pantalones apedazados y llenos de mugre, y en una mano, un hatillo del que sobresalían algunos periódicos viejos y arrugados.

—¿Quién es usted? —pregunté sin perderle de vista—. ¿Por dónde diablos ha entrado?

—Me llamo Jeremy Jones y he entrado por ese agujero que hay

en el techo, señor…

—Doc Milton.

—Encantado, señor Milton.

Dejó el hatillo sobre unas cajas y señaló en dirección a Hortensia.

—A mí tampoco me cae nada bien, ¿sabe? A veces, hasta creo que me tiene manía. Ha hecho usted muy bien en darle una lección. Así aprenderá.

Le vi encender una apestosa pipa. Luego, deshizo el hatillo, sacó los periódicos y los extendió en el suelo.

—Ésta es mi cama —dijo sentándose sobre los mismos—. Por cierto, ¿qué está usted haciendo aquí?

—Esa pregunta debería hacérsela yo, amigo.

—¿Sí? ¿Por qué?

Le conté cuál era mi misión.

El vagabundo dio algunas chupadas a la pipa antes de hablar.

—Es raro —dijo finalmente—. Yo *nunca* he hecho ruido. Jamás. Por la cuenta que me tiene, ¿sabe? Aquí se está calentito. Siempre he procurado moverme como un gato. Deben de ser *ellas*, mientras duermo.

—¿Ellas?

—Las muñecas. ¿Me guardará un secreto?

—Claro.

—Mire, hace casi tres meses que descubrí este agujero y durante todo ese tiempo he llegado a conocerlas muy bien. No se puede decir que seamos amigos, pero tampoco enemigos. Nos soportamos. Le aseguro que son muy traviesas. Sí, señor. Traviesas y hasta perversas. Como que me llamo Jeremy Jones que si no pensara usted que estoy loco, le diría que tienen vida.

—¿Me toma por idiota? ¡Las muñecas no tienen vida!

—*Éstas* sí. O por lo menos es lo que creo. Mírelas bien, señor Hilton. Analícelas. Son perfectas. Maravillosamente perfectas. ¿Sabía usted que el marido de la señora Collins era el mejor fabricante de muñecas del país?

—Algo de eso me ha dicho ella.

—Pues es cierto, sí, señor. Es cierto. Fabricó unas muñecas que parecen pequeños seres humanos. Ande, écheles un vistazo y se convencerá. ¿No me cree? Mire ésa, la que ha tirado usted al suelo.

Fíjese en su rostro. Perfecto. ¿Y qué me dice de sus piernas? ¿Y de sus muslos? ¿No son maravillosos? Oiga, con decirle que algunas veces hasta me ha puesto cachondo…

—¡Cállese!

—¿Qué le pasa?

—¡Su forma de hablar me produce náuseas!

No quería confesarme a mí mismo que me había ocurrido exactamente lo mismo. Aquello era el colmo. Dos hombres hablando de muñecas que les ponían cachondos…

—Tendré que informar a la señora Collins de su presencia aquí —le dije. Sentí un gran alivio al saber que ya no haría falta que volviera a aquel espantoso lugar una vez descubierta la verdadera causa de los extraños ruidos—. Bien, buenas noches.

—¡Un momento!

—¿Qué diablos quiere?

—Usted no podrá decirle a la señora Collins que yo soy el causante de esos ruidos, señor Milton. No es cierto.

—¿No? ¿Entonces quién? ¿Las muñecas? Oiga, amigo, las muñecas *no* hacen ruido. ¿Está claro?

—Ni usted mismo cree eso.

—¿Qué?

—Le he oído hablar con ésa. Le he oído cómo le hacía preguntas y he visto cómo le atizaba. Así que está usted tan desconcertado como yo.

—Era una broma.

—¡Ya!

—Señor Jones, me importa un rábano lo que usted pueda pensar de mí. Ahora mismo voy a ver a la señora Collins y se lo cuento todo. Usted puede hacer lo que le dé la gana.

Encontré a la señora Collins haciendo ganchillo, junto a la chimenea.

Se había puesto un ceñido vestido negro que le llegaba hasta los pies, con un corte a cada lado que dejaba al descubierto unos bien torneados muslos.

Realmente llevaba muy bien la edad que tenía.

Le conté lo que había ocurrido. La señora Collins me estuvo escuchando en silencio.

—Un vagabundo… —murmuró finalmente—. Sí, algunas veces

había pensado en ello… ¿Dónde está ahora?

—Supongo que en el almacén. Parece un buen tipo. Yo de usted le dejaría quedarse. Es un pobre diablo y no tiene a dónde ir.

—Veremos.

—Bien, señora Collins. Con esto, mi trabajo ha terminado.

Se puso en pie, se dirigió a un pequeño escritorio, abrió un cajón, sacó un cheque y me lo entregó.

—Aquí tiene lo convenido, señor Milton.

—Ha sido un placer trabajar para usted.

Abandoné aquella casa más contento que unas pascuas.

Era un lugar bastante fúnebre aunque aquello no era lo peor.

Lo peor se encontraba en el almacén.

Las malditas muñecas.

Mientras conducía en dirección al centro de la ciudad, recordé la absurda conversación que había sostenido con *Hortensia*. Y me eché a reír. Mi locura había llegado a límites insospechados. Lo mío era cosa de psiquiatra.

¿Cómo diablos se me había ocurrido mantener una conversación con una muñeca y luego pegarle como si se tratara de una niña traviesa?

Por un momento, estuve tentado de ir a ver a Amanda pero cambié de idea. Me fui a mi apartamento.

Necesitaba descansar con la seguridad de que al día siguiente lo habría olvidado todo.

Antes de meterme en la cama, me duché. Luego, me fumé un cigarrillo y escuché un poco de música de Wagner.

Apagué la luz y cerré los ojos.

La música del maravilloso compositor alemán llegaba hasta mí como algo celestial, lejana y suave, penetrante y sublime.

Entonces, *la vi en sueños*.

Estaba caída en el suelo, sin su sombrerito y con una pierna ligeramente torcida.

Me observaba con furor asesino.

De repente, se puso en pie.

Y comenzó a caminar hacia mí, con una manita extendida, como si quisiera tocarme.

Pero en realidad no era eso lo que pretendía.
Porque su manita se fue haciendo grande…
Muy grande.
Enorme.
Yo no podía escapar.
Estaba acorralado contra una de las paredes del almacén.
Y *Hortensia* seguía avanzando hacia mí.
Su mano se ciñó alrededor de mi cuello.
Y en su boquita pintada asomó una sonrisa diabólica.
Me asfixiaba.
Me moría…

El timbre del teléfono hizo que desapareciera la espantosa pesadilla y se incorporó de la cama, sudando, respirando entrecortadamente.

—¿Sí?

—¿Señor Milton?

Era la voz de la señora Collins.

—Soy yo.

—Debería venir a mi casa ahora mismo.

—¿A su casa? ¿Por qué?

—Ha ocurrido algo terrible y necesito su ayuda.

—¡Olvídese de mí, señora Collins!

—Le pagaré dos mil dólares.

Aquélla era una buena razón para convencer cualquiera.

—¿Qué es lo que ha pasado?

—El vagabundo… ¡Está muerto!

4

Y vaya si lo estaba.

Lo encontré sobre los periódicos, en medio de una mancha de sangre y con una expresión de horror en sus ojos.

—Vine para hablar con él y estaba ahí… agonizando…

—¿Agonizando?

—Sí. Me hizo un gesto con la mano para que me acercara. Quería decirme algo. Pero no llegó a hacerlo.

Aquella historia podía ser auténtica o una farsa. Yo no conocía lo suficiente a la señora Collins como para no asegurar que se lo había cargado ella.

—Creo que lo mejor será llamar a la Policía —dije mirando a la mujer.

A la luz de la bombilla que colgaba del techo, su rostro aparecía algo más pálido que de costumbre pero una vez más pude darme cuenta de la increíble perfección del mismo a pesar de sus años. Ni una sola arruga, ni el menor pliegue. Aquél era el rostro de una muchacha de veinte años. No cabía ninguna duda de que el cirujano había hecho un buen trabajo.

—No quiero verme mezclada en un asunto así, señor Milton —respondió ella con firmeza.

—¿Lo ha hecho usted?

—¡No!

—¿No? ¿Entonces quién lo ha hecho? ¿Y por qué?

—No se atreverá a sospechar de mí, ¿verdad?

—Mire, yo no sospecho de usted. Esto es cosa de la Policía. Pero sí digo que es la única persona que *podría* haberlo hecho. Jeremy era un pobre desgraciado. ¿Quién podría tener interés en asesinarle? Usted, sin duda.

—¡Está en un error, señor Milton! ¡Yo no lo he matado!

—Yo no he dicho que lo haya hecho, señora Collins.

Simplemente digo que es la única persona que tenía un móvil.

—¿Qué móvil?

—El hecho de que ocupara su almacén por las noches, por ejemplo. Eso es un allanamiento de morada. Es una razón, ¿no?

—¡Qué estupidez! ¿Cree que iba a matar a alguien sólo porque duerme en mi almacén?

—Pero ¿y si hubiera habido una discusión entre ambos? Una discusión acalorada. Usted amenaza con denunciarle a la Policía. Él se enfada, se pelean y usted le mata. ¿Ve que fácil?

—¡Eso no tiene sentido!

—Para la Policía, sí. Señora Collins, lo que pretendo es decirle que está usted en un buen apuro, así que será mejor que llame a su abogado.

—Señor Milton… no llame a la Policía, por favor.

—¿Y por qué no tendría que hacerlo?

—Por diez mil dólares.

Me quedé sin habla.

—Repita eso.

—Le doy diez mil dólares si hace desaparecer ese cadáver, señor Milton.

—Si no lo ha hecho usted, ¿por qué tiene tanto miedo de la Policía, señora Collins?

—No quiero verme envuelta en un escándalo. Soy muy conocida en la ciudad, ¿comprende? No deseo manchar el apellido de mi marido.

En vista de mi silencio, ella añadió:

—Señor Milton, sea práctico. Le estoy ofreciendo diez mil dólares por un trabajo sin riesgos. Ese hombre no era más que un vagabundo. Nadie se va a preocupar por él si desaparece.

Aquella mujer tenía toda la razón del mundo y, por otro lado, yo podía embolsarme diez mil dólares. Una bonita suma que podía sacarme de muchos apuros.

—Está bien —dije al cabo de un momento—. Trato hecho.

Ella sonrió.

—Es usted un hombre inteligente, señor Milton. Y ahora le dejo para que haga tranquilamente su trabajo. Buenas noches.

Me quedé a solas con el cadáver del pobre Jeremy. Había un ruedo de sangre coagulada en su sucia camisa apedazada y en mitad

del mismo, como un desgarrón, aparecía una profunda herida. El asesino le había apuñalado con saña, con toda seguridad mientras el vagabundo estaba durmiendo.

Pero ¿quién lo había hecho?

¿La señora Collins?

No se me ocurría el nombre de otro asesino aunque me parecía un poco absurdo que se lo hubiera cargado sólo porque Jeremy dormía en el almacén… a no ser que la señora Collins ocultase allí algo que no deseaba que fuese descubierto por nadie.

Recordé entonces aquella puerta cerrada con un candado.

Abrí éste con la ayuda de un cortaúñas y me encontré con un pequeño departamento en el que había una mesa de dibujo, otra de despacho con los cajones cerrados y unas pocas estanterías vacías. ¿Qué clase de secreto podía haber allí dentro para que la puerta estuviese cerrada con un candado? Forcé uno a uno todos los cajones de la mesa de despacho hasta encontrar una carpeta en la que había unos planos.

Eran los planos de una muñeca.

En el ángulo superior de cada una de las hojas que componían los detalles de la misma, decía:

SILVIA, LA MUÑECA PERFECTA.
ÚNICA EN EL MUNDO.

Y a continuación figuraba el nombre de su autor:

JACK COLLINS

Reparé entonces en un detalle significativo.

Aquellos planos correspondían exactamente al modelo de mi amiga *Hortensia* y también al de las que estaban vestidas, pero no a las que iban sin ropa. Éstas correspondían posiblemente a un modelo más anticuado y menos perfecto. Eran sin duda las hijas huérfanas.

Volví a guardar los planos y abandoné el despacho sin olvidarme de cerrar con el candado.

Ahora ya sabía algo más.

El marido de aquella mujer había inventado un maravilloso modelo de muñeca que parecía humana.

Por ejemplo, Amanda tenía una…

Entonces, me fijé en algo. *Hortensia* (a la que a partir de ahora debería llamar *Silvia*) ya no estaba en el suelo. Alguien la había vuelto a colocar en la estantería, entre sus congéneres. Supuse que habría sido la señora Collins.

La miré.

Y ella *también* me estaba mirando a mí.

Con fijeza casi obsesiva.

—Me guardas rencor, ¿verdad, *Silvia*?

Observé entonces una de sus manitas.

Y sentí un escalofrío.

¡Estaba manchada de sangre!

Mi imaginación se desató y se me ocurrieron cosas verdaderamente inverosímiles, como que había sido *ella* la que había asesinado al pobre Jeremy, el vagabundo.

—Vamos, Doc —me dije dándole la espalda a aquel engendro—. Deliras. Lo que estás imaginando es imposible. Absurdo. Será mejor que te lleves a ese desgraciado de aquí y punto final.

Arrastré el cuerpo del vagabundo a través del patio y de pronto me di cuenta de que no había ninguna salida que comunicase con el exterior. Eso me obligó a dejar el cadáver en el suelo y me dirigí a la casa. Sorprendí a la señora Collins escribiendo en una especie de diario que se apresuró a guardar bajo llave en un cajón del pequeño escritorio.

—¿Qué desea, señor Milton? —me preguntó poniéndose en pie.

—No sé por dónde sacar el cuerpo de Jeremy.

—Tiene razón. Perdone.

La seguí hasta el patio y una vez allí se encaminó hacia una de las paredes. Pulsó un timbre y se abrió una puerta que en la oscuridad me había pasado totalmente desapercibida.

Volví a agarrar por las muñecas a aquel desgraciado y, cuando pasé junto a la mujer, me dijo:

—Venga luego, señor Milton. Tendré preparado su dinero.

—De acuerdo.

Metí el cadáver de Jeremy en el portaequipajes de mi coche y un instante después me alejaba de la casa. Iba a poca velocidad. El terreno era bastante accidentado y estaba oscuro. Cuando llegué a la carretera principal, torcí a la izquierda. Me proponía dirigirme al

lago Castle. Era un lugar bastante seguro para deshacerse de un muerto.

Mientras conducía encendí un cigarrillo.

Hacía tan sólo un par de días no hubiera podido imaginar hacer algo como lo que estaba haciendo. Yo, Doc Milton, el rey de la honradez, había sido siempre un hombre con las ideas muy claras a ese respecto. Nunca juego sucio. Siempre al lado de la Ley. Pero ¿de qué me había servido tanta honradez? Únicamente para no tener un solo dólar en la cuenta corriente. Ahora sin embargo, jugando sucio, iba a ser dueño de diez mil dólares.

¡Ironías de la vida!

No obstante, una vez que hubiera hecho mi trabajo y tuviera el dinero en los bolsillos, adiós señora Collins. Nunca más a su servicio. Olvídeme.

Extraña mujer aquella…

Me contrata para que descubra la procedencia de ciertos ruidos, misteriosos e inquietantes, y alega que está convencida de que son *ellas*, las dichosas muñecas, las causantes de los mismos y al mismo tiempo me habla de una venganza. ¿De quién? ¿Y por qué?

Luego, aparece el pobre Jeremy.

Se lo comunico a la señora Collins… y de pronto, alguien asesina a ese desgraciado.

¿Quien? ¿Ella?

Después, la misteriosa mujer me pide que me deshaga del cadáver a cambio de diez mil dólares con tal de no manchar el buen nombre de su marido.

¿Con quién había estado tratando?

¿Con alguien con un exceso de fantasía o con alguna loca asesina?

De todos modos, aquel maldito embrollo estaba llegando a su final, de lo cual me alegraba mucho.

Al llegar a las cercanías del lago Castle, después de dejar atrás un frondoso bosque de encinas, saqué una cuerda y el cuerpo de Jeremy del portaequipajes y lo arrastré con tiento para no romperme la crisma a través de un largo sendero sembrado de hojarasca, en dirección a las quietas y oscuras aguas.

Una vez en la orilla y luego de haberme tomado un pequeño respiro, encendí una cerilla y busqué un par de gruesas piedras. Las

até a sus pies con la cuerda. Aquel trabajito me llevó un buen rato. Finalmente, conseguí mi objetivo.

—Adiós, Jeremy…

Lo agarré por los cabellos y tiré de él hasta meterlo en el agua. Tardó apenas medio minuto en desaparecer bajo las mismas dejando tras de sí un enjambre de pequeñísimas burbujas.

Fue un verdadero placer para mi regresar a aquella casa porque significaba el final de aquella pesadilla. Había una sola ventana iluminada y era la que pertenecía al pequeño saloncito. La señora Collins me recibió con su proverbial pero enigmática amabilidad.

—¿Una taza de té, señor Milton? A estas horas de la madrugada sienta muy bien.

—No, muchas gracias. Lo único que quiero es mi cheque por diez mil pavos.

—Se lo enviaré esta misma mañana a su oficina.

—De acuerdo. Bien, encantado de haberla conocido, señora Collins. Adiós.

—Espere.

Se puso en pie. Llevaba un nuevo vestido. En esta ocasión era de color blanco, muy escotado. Mostraba el comienzo de unos redondos senos, apretujados, firmes.

Era increíble lo bien que se conservaba aquella mujer teniendo en cuenta su edad.

Vino hacia mí.

El olor a «Medianoche árabe» era intenso y penetrante. Por un momento me sentí como suspendido en el aire, atrapado por sus indudables encantos femeninos y por aquella mirada que parecía querer atravesarme.

—¿Por qué tanta prisa? —me preguntó tan cerca de mí que podía escuchar los apresurados latidos de su corazón.

Comprendí.

Lo que pretendía aquella mujer era ni más ni menos que pasara la noche con ella. La idea comenzó a gustarme.

—Estoy cansado —le dije como excusa.

—Lo comprendo. Han sido muchas horas de tensión, ¿verdad? Pero yo puedo arreglar eso, Doc.

—Supongo que sí.

—Quítese la americana.

Lo hice y luego me indicó un diván.

—Ahora quítese la camisa y túmbese ahí. De espaldas.

Una vez que me hube acomodado, ella se arrodilló a mi lado y se puso a darme un delicioso masaje. No tardé en sentirme maravillosamente bien y totalmente relajado.

—¿Le gusta?

Asentí con la cabeza, en silencio.

Y de repente, sus labios rozaron mi piel. Sentí un escalofrío y antes de que pudiera reponerme del mismo, su boca buscó la mía. Nos besamos y, unos instantes después, estábamos abrazados sobre la mullida alfombra, totalmente desnudos. Eran los prolegómenos de lo que vino después.

Yo había hecho el amor con muchas mujeres, pero jamás había gozado como gocé con ella. Su habilidad era tremenda, su pasión desbordada, sus caricias expertas. Hizo de mí lo que quiso, me volvió loco hasta, dejarme exhausto, rendido…

Me quedé dormido como un bebé y ella me cubrió con una manta y fue así como desperté al día siguiente, sobre la alfombra, a la vera del fuego, intentando coordinar mis ideas. Tardé unos instantes en acordarme de todo y cuando levanté la cabeza ella ya estaba allí, sonriendo, con un nuevo vestido y el desayuno preparado en una mesa que se encontraba junto a la ventana por la que penetraba un chorro de sol.

—Tienes el baño a punto —me dijo.

Me puse en pie, cubriéndome con la manta. Harriet se echó a reír y me obligó a quitármela.

—Así me gustas mucho más, Doc. Mi dormitorio está en la primera planta.

Era un dormitorio precioso, coquetón. Había una amplia cama y algunos cuadros en las paredes. El tocador estaba en un rincón y los cortinajes eran blancos. El sol entraba a raudales. Me metí en la bañera, entre la abundante espuma de jabón mineral y sales aromáticas. Ella apareció poco después y me bañó como si yo fuera un niño y luego, mientras me estaba secando, vino con ropa limpia y me mostró un armario donde encontré varios trajes, a cual más elegante.

—Creo que ese de color *beige* te sentará bien, Doc.

—Harriet…

—¿Sí, cariño?

—¿Por qué tantas atenciones?

—¿Es que no lo has adivinado?

—Sinceramente, no.

—Quiero que te quedes a vivir conmigo.

—¿Qué?

—No te preocupes por nada, Doc. Yo me haré cargo de todo.

—¿Me estás pidiendo que me convierta en tu *gigoló*?

—Más o menos. A mi lado no te faltará nada. Tengo mucho dinero. Mi marido hizo una fortuna con las muñecas.

—No puedo hacer eso, Harriet.

—¿Por qué no?

—No sirvo para hacer de macarra.

Me cogió por un brazo y nos dirigimos hacia la puerta del dormitorio.

—Seguiremos hablando mientras desayunamos —dijo ella.

Pero yo ya tenía tomada una decisión. No podía aceptar una situación como aquélla. Sería como renunciar a todos mis principios… aunque en realidad ya lo había hecho al convertirme en el cómplice de un crimen.

—Doc, piénsalo bien. Eres un detective fracasado. ¿Qué es lo que esperas de la vida? ¿Trabajar como un idiota para poder pagar a tu secretaria? Me parece ridículo. Déjalo todo. Yo te ofrezco tranquilidad, bienestar, lujo, comodidad. No tienes que preocuparte por otra cosa que no sea pasarlo bien.

—¿Y todo eso por qué, Harriet? No me conoces.

—Te conozco lo suficiente. ¿Sabes una cosa? Me gustaste desde un principio. Me dije: «Harriet, tiene que ser tuyo».

Aquélla era una idea descabellada, pero sumamente atrayente. ¿Qué perdía con ello?

¿Una miserable oficina con los archivos vacíos?

—De acuerdo, Harriet —le dije finalmente—. Podemos probarlo durante un tiempo pero con una condición.

—Lo que tú digas, cariño.

—Que te deshagas de todas esas horribles muñecas que hay en el almacén.

—Eso no puedo hacerlo, cariño.

—¿Por qué no?

—Son… son viejos recuerdos. Además, ¿qué tienes contra ellas?

—Detesto las muñecas, me producen alergia, me dan asco. Pero sobre todo ésas y *Hortensia* en especial…

—¿Hortensia?

—Es igual. No importa. Mira, Harriet, o te deshaces de ellas o no hay trato.

—¡Es injusto!

—Entonces, no hay trato.

—Está bien, está bien. Haré lo que me pides.

—¡Quémalas todas!

Más tarde, desde la ventana del saloncito, vi cómo Harriet amontonaba las muñecas en el patio y les prendía fuego.

Me sentí mucho mejor, pero en aquel momento ignoraba todo lo que iba a suceder a continuación.

SEGUNDA PARTE

1

Había transcurrido una semana y no se puede decir que fuese aburrida. Todo lo contrario. Harriet me trataba como a un príncipe. Íbamos a los mejores restaurantes, al teatro, a todos aquellos lugares donde ella pudiera presumir con mi presencia. Me había comprado media docena de trajes y un coche.

Acostumbrado a no poder pagar ni el recibo del alquiler de mi oficina, ahora me sentía como un potentado. Vivía en una nube, hasta el extremo de que había olvidado llamar a mi secretaria y a Amanda para darles una explicación. Con toda seguridad, ambas estarían pensando que me había muerto.

Pero todo tiene un final.

Ocurrió aquella noche de tormenta que alteró nuestros planes. Harriet y yo habíamos decidido ir a cenar fuera pero, en vista del aguacero que estaba cayendo, nos quedamos en casa y nos acostamos temprano.

Ella era insaciable en la cama y aunque yo no tenía demasiados deseos de hacerle el amor, casi me obligó a ello. Luego, se quedó profundamente dormida.

Los relámpagos iluminaban con intermitencia el dormitorio y la lluvia golpeaba con fuerza los cristales de las ventanas.

Intenté conciliar el sueño, pero me fue imposible.

Como no tenía nada mejor que hacer, pensé en algunas cosas relacionadas con mi futuro. De momento, estaba perfectamente en aquella casa. No me faltaba de nada. Era el rey de la selva. Pero ¿hasta cuándo podría soportar aquella situación?

Por otro lado, Harriet se aprovechaba descaradamente de mi juventud. Y eso tenía un precio. Tendría que convencerla para que testara a mi favor. Esa idea llevaba bailando en mi cabeza desde hacía varios días…

Un súbito relámpago, mucho más intenso que los anteriores,

iluminó la totalidad del dormitorio.

Y entonces la vi.

O creí verla.

Estaba en el suelo, junto a la puerta…

Era ella… *¡Hortensia!*

«Calma», me dije. «Es una alucinación, muchacho».

Encendí la luz de la mesita de noche.

Allí no había nadie.

Volví a apagar la luz. Había tenido una alucinación. Aquello era algo que solía ocurrirme con bastante frecuencia últimamente. Veía cosas que únicamente existían en mi imaginación.

Por ejemplo, dos noches antes me había despertado de madrugada después de una terrible pesadilla y creí ver a mi hermana Ruth sentada en una silla, delante de mí, sonriéndome con dulzura.

Iba vestida como el día que se ahogó en el río. Pero el vestido estaba desgarrado. Tenía los cabellos empapados y el agua le resbalaba por el rostro.

Fue una espantosa alucinación. La había visto con tal claridad que por un momento pensé que había resucitado.

Un nuevo relámpago, tan potente como el anterior, me permitió verla otra vez.

La diabólica muñeca estaba en esta ocasión sobre una silla.

Mirándome.

Con una amenazadora sonrisa en su boquita pintada.

Casi con un grito de rabia encendí de nuevo la luz.

Pero claro, había desaparecido.

O mejor dicho, no había existido nunca.

Únicamente en mi imaginación.

Me levanté de la cama, me puse el batín y abandoné el dormitorio. Necesitaba un trago.

Una vez en el saloncito, encendí un cigarrillo y me dirigí al mueble donde estaban las bebidas. Me serví una generosa ración de *whisky* y con el vaso en la mano, bebiendo un trago de vez en cuando, me puse a caminar arriba y abajo. Pensé en la posibilidad de ir a visitar a un psiquiatra antes de terminar completamente chiflado.

En ese momento, me di cuenta de que me encontraba junto al

pequeño escritorio de Harriet. Recordé que uno de aquellos días la había sorprendido escribiendo algo en un diario que se apresuró a guardar al detectar mi presencia.

Busqué en los cajones hasta dar con él y me senté para leerlo con tranquilidad.

> ***4 de agosto*****:** *Jack murió hace un par de noches. El doctor diagnosticó hemorragia cerebral. Creo que buena parte de la culpa de la muerte de mi marido la tienen esas horribles muñecas.*
>
> ***7 de agosto*****:** *El error de Jack fue su propio invento; SILVIA, LA MUÑECA PERFECTA, le ha llevado a la tumba. Cada vez que me encuentro delante de una de ellas, tengo la sensación de que su corazón está latiendo…*
>
> ***10 de agosto*****:** *Me encuentro terriblemente sola. Por las noches oigo ruidos extraños en el almacén, donde se encuentran varias decenas de muñecas que Jack dejó allí porque tenían un defecto de fabricación. Ellas no se lo han perdonado. Y por eso creo que fueron las causantes de su muerte…*
>
> ***12 de agosto*****:** *Las protestas de las muñecas siguen en aumento. Los ruidos en el almacén van a acabar conmigo. Aunque a veces pienso que me estoy volviendo loca. ¿Cómo se me ocurre pensar en esas cosas? Una muñeca no es más que una muñeca, aunque sean tan maravillosamente perfectas como SILVIA.*
>
> ***17 de agosto*****:** *Lo tengo decidido. Voy a contratar a un detective para que averigüe la procedencia de esos ruidos. Yo no me atrevo a entrar allí sola…*
>
> ***20 de agosto*****:** *He encontrado a la persona que andaba buscando. Es un detective de poca monta. Pero muy apuesto. Me gusta. Ahora me doy cuenta de que necesito a un hombre de verdad a mi lado. Fui feliz con Jack pero jamás supo colmar mis apetitos*

sexuales.

***23 de agosto*:** *Le he contratado. Vendrá mañana.*

***24 de agosto*:** *Doc se ha ido después de haber descubierto la noche anterior la presencia de un vagabundo en el almacén. ¿Es ese vagabundo el causante de mis ruidos? No lo creo. Por otro lado, no estoy dispuesta a perder a Doc. Tengo que obligarle a que vuelva. Le quiero a mi lado ¡PARA SIEMPRE!*

Por un momento abandoné la lectura.

¿Habría sido capaz Harriet de asesinar al pobre Jeremy únicamente para hacerme volver a su lado? Todo comenzaba a encajar.

La muy zorra me había convertido además en el cómplice de su crimen para tenerme más atado. Debí haberme dado cuenta antes de su juego. ¡Qué estúpido! Hasta había llegado a imaginar que a Jeremy se lo había cargado mi amiga *Hortensia* cuando descubrí manchas de sangre en su manecita. Pero estaba claro que aquellas manchas las había dejado la propia Harriet al recoger la muñeca del suelo y colocarla en la estantería.

De repente, cuando más inmerso estaba en mis pensamientos, escuché un alarido que me heló la sangre.

¡Era Harriet!

Subí corriendo las escaleras y al abrir la puerta del dormitorio, descubrí algo que me obligó a retroceder, aterrorizado.

¡La muñeca se encontraba sobre el ensangrentado cuerpo de Harriet! ¡Tenía unas tijeras en la manita y la cabeza vuelta hacia mí, riendo siniestramente!

Salí de allí enloquecido, temblando.

—No puede ser, Doc —me dije—. No es posible. ¡Es otra de tus alucinaciones!

Hice un gran esfuerzo por recuperar la calma porque, si seguía de aquel modo, podía acabar completamente loco.

Volví la mirada hacia el dormitorio, respirando entrecortadamente.

Tenía que entrar de nuevo.

Tenía que comprobar con mis propios ojos si lo que acababa de presenciar era realidad o únicamente producido por mi deformada

imaginación.

Caminé hacia la puerta.

Con lentitud.

Temblando de miedo.

Encendí la luz.

¡La muñeca había desaparecido pero Harriet estaba allí, destrozada, ensangrentada! ¡La diabólica criatura le había vaciado un ojo!

¡No había sido ninguna alucinación!

En el suelo vi las huellas de los piececitos de la muñeca, manchados de sangre, dirigiéndose a la ventana, y al mirar hacia esta observé que estaba ligeramente entreabierta.

Lo suficiente para que *Hortensia* hubiera podido pasar por ella.

Me derrumbé en una silla, con el rostro entre las manos, gimiendo de pánico.

Un repentino y violento trueno me devolvió a la realidad. Miré hacia el cuerpo de Harriet. Su único ojo, desmesuradamente abierto, me miraba fijamente.

No pude seguir soportando aquello por más tiempo y abandoné corriendo el dormitorio. Bajé al saloncito y estuve bebiendo sin parar hasta sentirme algo mejor.

Sí, tenía que pensar con calma y no dejarme llevar por los nervios.

Aunque no era fácil.

¿Cómo diablos se puede pensar con serenidad después de presenciar lo que yo acababa de presenciar?

¡Una muñeca que tenía vida propia!

Recordé entonces haber visto a Harriet quemarlas a todas en el patio. Pero, por lo visto, *Hortensia* había sido más lista que sus compañeras y había conseguido huir.

Y luego se había vengado.

Súbitamente, me eché a reír.

Como un loco.

¡Estaba pensando en *ella* como si se tratase de un ser humano!

Pero ¿no lo era en realidad?

¡Qué magnífico trabajo había hecho el marido de Harriet! ¡Supongo que jamás pudo llegar a imaginar que fuera tan perfecto que hasta una de sus muñecas cobrase vida!

Apuré la botella de *whisky*.

Ahora me sentía perfectamente. Mucho más tranquilo.

—Bien —me dije—. Hay que hacer algo, Doc. Tomar una decisión. La más importante es largarse de aquí cuanto antes. Este lugar está maldito. Pero ¿qué haces con Harriet? ¿Llamar a la Policía? Sería una locura. ¿Qué les dirías? ¿Qué la había asesinado una muñeca? Naturalmente, te culparían a ti del crimen. No, nada de llamar a la Policía. Lo mejor es enterrarla. ¿Qué te parece en el jardín? Sí, es una buena idea. El jardín. Debajo de sus rosales.

Consulté mi reloj.

Eran casi las cinco y media de la madrugada.

Una hora demasiado tardía para enterrar a nadie. El día comenzaba a clarear y podría verme alguien. Pero por otro lado, la idea de tener que esperar hasta la noche tampoco me gustaba. Eso significaba tener que pasarme todo el día encerrado en la casa en compañía del cadáver de Harriet.

Sin embargo, era la solución más segura.

A no ser que lo ocultase en algún lugar del almacén…

Me dirigí al mismo atravesando el patio y soportando una furiosa cortina de agua.

Encendí la luz.

Una luz mortecina.

Miré a mi alrededor. Quizá levantando el suelo de madera podría conseguir una tumba segura. Luego, una vez enterrada Harriet, sólo tendría que volver a clavar los listones. Sí, era una buena solución. Posiblemente mucho mejor que el jardín.

De repente oí un ruido.

Era como si alguien arrastrase los pies al andar.

—¿Quién está ahí?

Silencio.

—Eres tú, ¿verdad, maldita hija de puta? —Sabía que se trataba de la muñeca—. ¡Déjate ver! ¡Vamos, quiero verte!

Furiosamente, derribé la estantería.

—¡Eres una maldita cobarde! ¡Sal! ¡Voy a aplastarte!

El *whisky* me había dado valor y estaba tan furioso que de haberla visto la habría destrozado con mis propias manos. Pero *Hortensia* era demasiado astuta para dejarse ver. La muy zorra se habría ocultado en algún lugar al que yo no podía llegar.

—¡Hija de puta! —grité.

Naturalmente, mis gritos no la impresionaron. Esperé durante unos minutos para ver qué sucedía. Pero no ocurrió absolutamente nada. Me sentí burlado, impotente, frustrado.

Era como luchar contra algo irreal e invisible.

Regresé a la casa.

Había tomado la decisión de enterrar el cadáver de Harriet en el almacén, así que subí al dormitorio.

Cuando volví a ver su cara ensangrentada y aquel ojo que le colgaba a un lado del rostro, sentí náuseas pero hice un esfuerzo por sobreponerme. Aquél no era el momento más indicado para andarse con remilgos. Tenía que actuar con rapidez y firmeza.

La envolví con la sabana y tiré de ella.

Al chocar el cuerpo contra el suelo, se produjo un ruido sordo y desagradable.

Luego, lo fui arrastrando por la escalera sin demasiadas contemplaciones. Posiblemente, a causa del rudo traqueteo, el ojo acabó por desprenderse totalmente y lo vi saltar por una abertura del envoltorio.

Me lo quedé mirando, sin saber qué hacer.

Era espantoso.

Una visión horrible.

El ojo parecía estar fijo en mí…

Lo cogí con los dedos, temblando, sintiendo que se me revolvían las tripas, y lo metí otra vez en el interior del envoltorio…

Reemprendí la marcha.

La lenta marcha fúnebre.

Y en ese preciso momento, sonó el timbre de la puerta.

Me quedé como suspendido en el aire, encorvado sobre el macabro bulto, preguntándome quién podría ser.

El timbre volvió a sonar.

Actué con rapidez. Tiré del bulto sin contemplaciones hasta ocultarlo debajo de la escalera.

Me arreglé la ropa y los cabellos y fui a abrir.

Por un momento, había pensado que pudiera tratarse de algún vecino.

Pero estaba equivocado.

Era un policía.

2

Me miró un poco sorprendido.

—¿Qué desea? —le pregunté con toda la amabilidad del mundo.

Era importante no descubrir mi estado de ánimo. Sé por experiencia que los policías son desconfiados por naturaleza.

—Soy el agente Mike Taylor, señor…

—Milton.

—Encantado, señor Milton. ¿Está la señora Collins?

—Sí, por supuesto…

—¿Quiere decirle que estoy aquí?

Sentí que un escalofrío me recorría la columna vertebral. Pero una vez más tuve que hacer un esfuerzo, por serenarme.

—Es que ahora está durmiendo —dije con algo que quería ser una sonrisa.

Ahora fue el policía el que sonrió.

—¿A las ocho de la mañana? ¿Es que no se encuentra bien?

En aquel momento me di cuenta de que acababa de meter la pata. Había olvidado que Harriet solía levantarse muy temprano.

Pero mi desliz tenía fácil arreglo.

—En efecto, agente. No se encuentra muy bien. Creo que tiene la gripe.

—Vaya, sí que lo lamento… ¿Desde cuándo está mala?

—Desde hace un par de días.

—Bueno —el policía se encogió amablemente de hombros—. Volveré en otro momento. Supongo que los del
C. B. P.
podrán esperar.

—
¿C. B. P.?
¿Qué es eso?

—Centro Benéfico de la Policía. La señora Collins es una de

nuestras más adictas benefactoras. En realidad, venía a recoger su donativo mensual. Pero dadas las circunstancias volveré otro día, señor Milton.

—De acuerdo.

—Salúdela de mi parte.

—Así lo haré, agente. Adiós.

Cerré con un suspiro de alivio pero además comprobé que se largaba observándole por una ventana. Luego, regresé a la escalera en busca del macabro envoltorio.

Arrastrándolo, atravesé el saloncito y, en el instante en que me disponía a salir al patio, volvió a sonar el timbre de la puerta.

¿Quién podría ser ahora? Solté una maldición. Aquel juego comenzaba a ponerme nervioso.

Oculté el bulto detrás de un sillón y me encaminé apresuradamente hacia la puerta descubriendo algo que me puso los cabellos de punta.

Al arrastrar el bulto, había dejado un rastro de sangre tras de mí.

Afortunadamente, no era muy intenso y podía pasar desapercibido excepto para alguien excesivamente curioso.

Como podía ser el caso de un policía.

Porque desgraciadamente para mí la persona que estaba llamando a la puerta era el agente Taylor.

Esta vez, en sus mejillas de color melocotón no había ni el menor asomo de amabilidad.

Y eso me alarmó.

—¿Se le ha olvidado algo? —le pregunté.

Me estuvo observando durante un instante antes de responder.

Y eso volvió a alarmarme.

Su cambio de actitud era espectacular.

—Creo recordar que antes me ha dicho que la señora Collins lleva enferma un par de días —dijo de pronto.

—Así es.

—¿Está completamente seguro? Porque ahora me acuerdo de que hablamos ayer por teléfono y no me dijo nada respecto a su enfermedad. Es más, me citó para hoy a las ocho.

—Es que la pasada noche se ha puesto peor —respondió con toda la tranquilidad de que fui capaz—. Y la señora Collins no podía prever eso, ¿no le parece, agente?

—De todos modos, no creo que esté tan grave como para que no pueda entregarme el donativo, señor Milton —insistió el policía.

Comencé a darme cuenta de que aquel tipo no se fiaba de mí. Posiblemente se había olido algo y pretendía ponerme a prueba. Pero yo no era ningún idiota y no estaba dispuesto a dejarme sorprender.

—Agente, si cree que voy a molestar a la señora Collins por un maldito donativo, se equivoca. Vuelva otro día.

—¿Por qué no se lo pregunta a ella?

—Ya le he dicho que no pienso molestarla.

Entonces ocurrió lo que yo había estado temiendo que ocurriese. El policía había reparado en el rastro de sangre. En realidad, durante nuestra corta conversación, no había hecho más que mirar a un lado y a otro, como si estuviera buscando algo. Sus ojos no habían dejado de moverse ni un solo instante. Me había ido a tocar en suerte uno de esos agentes que no se fían ni de su propia sombra.

—¿Qué es *eso*? —preguntó con el brazo extendido.

—Pintura.

—¿Pintura? —Clavó la mirada en mi persona, ferozmente—. Señor Milton, llevo mucho tiempo en esta zona. Conozco a todos los vecinos como si fuesen de mi propia familia, incluida la señora Collins, por supuesto. Y ésta es la primera vez en siete años que no me hace entrega del donativo y es también la primera vez que le veo a usted en esta casa. Son dos coincidencias que no me gustan en absoluto y a eso tiene que añadirle este misterioso rastro que hay en el suelo. Usted asegura que es pintura. Bien, déjeme que le eche un vistazo.

Me hice a un lado.

—De acuerdo, agente. Adelante.

No le di tiempo a satisfacer su curiosidad. En cuanto me dio la espalda me arrojé sobre él. Pero era un tipo fuerte y hasta es posible que hubiera estado esperando que ocurriese algo parecido porque no le cogí por sorpresa. Clavó su codo en mi estómago y salí despedido hacia atrás, encorvado a causa del intenso dolor.

Cuando alcé la mirada hacia él, descubrí que ya estaba armado. Me apuntaba firmemente con su revólver.

—Lo sabía —masculló entre dientes—. Sabía que no era usted de fiar, amigo. Huelo a los sinvergüenzas con sólo echarles el ojo

encima. ¿Dónde está la señora Collins?

—Arriba, en el dormitorio.

—Voy a comprobarlo. Usted delante, amigo. ¡Vamos, muévase!

El dolor en el estómago había ido desapareciendo poco a poco y ahora ya podía pensar con más frialdad. Tenía dos opciones. O le contaba la verdad al agente o me lo cargaba. Lo malo era que si le contaba la verdad, no iba a creerme. *¿Quién puede creer en una muñeca asesina?*

Así pues, si quería salvar el pellejo tenía que cargármelo.

Nos encontrábamos delante de la puerta del dormitorio. Nada más abrirla, el policía descubriría que le había estado mintiendo. Después, ya no dispondría de ninguna opción porque lo primero que haría el agente sería esposarme.

Por lo tanto, tenía que actuar con rapidez.

—Abra esa puerta —me ordenó.

Alargué el brazo fingiendo que iba a realizar lo que me había pedido, pero lo que hice en realidad fue devolverle la moneda. Mi brazo salió despedido hacia atrás y alcanzó de pleno la boca del estómago del policía. Fue un golpe certero y brutal. Masculló un gemido y cayó escaleras abajo. Sus casi ochenta kilos rodaron por los escalones hasta detenerse con un golpe seco en el vestíbulo.

Quedó inmóvil.

Descendí por la escalera, lentamente, en tensión. No me fiaba de aquel individuo. Podía estar fingiendo y encañonarme de nuevo en cuanto me tuviese a su lado.

Sin embargo, no ocurrió así.

Descubrí que había una mancha de sangre en su nuca y por un momento pensé que pudiera estar muerto.

Pero sólo estaba inconsciente.

No me quedaba otra opción que rematarle.

Podía utilizar el revólver. No obstante, un disparo habría hecho demasiado ruido. Me coloqué de rodillas junto a su cuerpo y sólo tuve que apretar su garganta con mis pulgares durante un minuto. Fue suficiente. Ni siquiera abrió los ojos. Pero su boca quedó desmesuradamente abierta.

Luego, me incorporé.

Me sentía vacío por dentro, como si alguien me acabara de arrancar el corazón.

¡Era un asesino!

Aquella idea me trastornó, sentí unas terribles arcadas y acabé por vomitar.

Mientras me limpiaba la boca con el pañuelo, eché un vistazo al cadáver. De nada servía ya lamentarse. Lo hecho, hecho estaba. Ahora tenía que actuar lo más rápidamente posible.

Me quedaba un largo trabajo por delante. Primero, tenía que enterrar los dos cuerpos y luego limpiar los vómitos y el rastro de sangre.

Empecé por buscar algo con qué levantar los listones de madera del suelo del almacén. Encontré un martillo y un cortafrío en el cuarto trastero. Era suficiente.

Con la ayuda del cortafrío levanté una docena de listones del fondo del almacén. Sin embargo, el hueco que había quedado no era suficiente para introducir en él dos cadáveres, así que tuve que levantar algunos más. Pero había otro inconveniente. La profundidad no era excesiva y eso suponía que cualquier persona, con un simple vistazo, podría descubrirlos sin gran esfuerzo.

De todos modos, aquello era algo que no tenía que preocuparme porque en cuanto hubiese acabado con mi macabro trabajo, pensaba largarme muy lejos de allí y nadie en el mundo iba a relacionar las dos muertes conmigo.

De cualquier manera, ya era demasiado tarde para volverme atrás y no estaba dispuesto a esperar a que se hiciera de noche para enterrarlos en el jardín.

Bastó un simple empujón para que el envoltorio donde se encontraba el destrozado cuerpo de Harriet cayese al fondo del hueco. A través de una de las aberturas de la sabana podía verse buena parte del rostro ensangrentado. De repente, me pareció ver algo inaudito.

Deshice el nudo y apareció la totalidad de su rostro.

Pero no era *únicamente* carne lo que estaba viendo en aquel momento. Mezclada con la misma había *algo* más.

Parecían pequeños pedazos de plástico.

Tuve la suficiente sangre fría para agarrar uno de aquellos pedazos con las puntas de los dedos y tirar de él. No me había equivocado. Era un material flexible.

Entonces, comprendí de qué se trataba.

¡Una mascarilla!

¡El rostro de Harriet era una perfecta mascarilla construida con toda seguridad por su marido utilizando la misma técnica, material y proceso que con las famosas muñecas SILVIA!

Ahora empezaba a comprender algunas cosas.

Aquella perfección de su rostro, la ausencia de arrugas, su extraordinario parecido con las muñecas…

Una vez más, sentí que se me removían las tripas al imaginar que había sido el amante de una mujer cuyo rostro era una vulgar aunque perfecta mascarilla…

Tenía que acabar cuanto antes con aquel trabajo y abandonar la casa o acabaría por volverme loco.

Una vez que hube introducido los dos cuerpos en el hueco, volví a clavar los listones.

Con un rápido vistazo puede darme cuenta de que la cosa no había quedado tan mal como yo había supuesto. Indudablemente, no iba a resultar fácil para nadie descubrir a simple vista la presencia de los dos cadáveres.

Ahora, sólo me restaba hacer desaparecer los restos del vómito y el rastro de sangre.

Me dirigí hacia la salida.

En la mano llevaba el martillo y el cortafrío.

Y entonces, la *oí*.

O mejor dicho, oí unos pasos…

Pero era *ella*.

La diabólica *Hortensia*.

—¿Dónde estás, maldita hija de puta? —mascullé mientras retrocedía y mis ojos la buscaban por todos los rincones.

Me quedé clavado, con el martillo y el cortafrío a punto, esperando que apareciese en cualquier momento para arrojarle ambas cosas y aplastarle la cabecita.

Pero era astuta.

Astuta como una zorra.

—¡Sal de una vez! —grité—. ¡Vamos! ¿A qué estás esperando? ¡Quiero verte!

Esperé un poco más. Pero fue inútil. No volví a oírla, así que abandoné el almacén. Que se fuera al diablo. Ya no pensaba preocuparme por ella.

Tan pronto como hube hecho desaparecer los restos del vómito y el rastro de sangre, me serví una generosa ración de *whisky*. Me lo había ganado a pulso.

Luego, encendí un cigarrillo y me senté tranquilamente en un sillón.

Mi vida había cambiado por completo en unos pocos días, eso estaba muy claro. En primer lugar, me había convertido en el cómplice de un crimen y ahora en un asesino.

Tenía que hacer borrón y cuenta nueva de mi vida.

Mi pasado ya no contaba. Había quedado en el olvido. Y mi indestructibilidad, también.

Por lo tanto, tenía que buscar nuevas fórmulas de existencia.

Y una podía ser ésta: No dejes para los demás lo que puedas conseguir para ti.

Naturalmente, estaba pensando en el dinero de Harriet.

En el dormitorio, detrás del cuadro, había una pequeña caja fuerte. Jamás había conseguido averiguar cuánto dinero se encontraba en su interior. Ahora eso era fácil de comprobar porque contaba con la ventaja de poder acceder a la combinación. Harriet la tenía anotada en la parte posterior del cuadro.

Subí al dormitorio, tranquilamente, sin prisas. Disponía de todo el tiempo del mundo.

Tiré hacia mí del cuadro.

Detrás, pegado al bastidor, había un pedazo de papel con la siguiente combinación:

3-0-0-3-47

Con una ayuda tan valiosa, fue tan fácil abrir la caja como guiñar un ojo.

Cuando descubrí lo que contenía, mi corazón se disparó.

Había varios fajos de billetes.

Sin temor a equivocarme calculé que habría unos cincuenta mil dólares.

¡Y todo era mío!

—Bien, Doc —me dije satisfecho—. Ya casi eres un hombre rico.

En efecto, mi vida había cambiado. Físicamente, seguía siendo el

mismo. Pero mis ideales eran otros. Era como si hubiera vendido mi alma al mismísimo diablo.

Bien, había llegado el momento de marcharse. Iría a mi oficina y le diría a Rose que cerraba el negocio. Seguramente, me iba a hacer un montón de preguntas. Pero tenía respuestas para todo. Luego, llamaría a Amanda y le diría que… en fin, le diría cualquier cosa. No me ataba nada a ella. Simplemente unas inolvidables jornadas nocturnas de cama.

Sin embargo, ocurrió algo que no esperaba.

Volvió a sonar el timbre de la puerta.

Como una de las ventanas del dormitorio daba al jardín, pude ver con claridad de quién se trataba.

Dejé escapar una muda y violenta maldición.

Era otro policía.

3

Tenía dos caminos.

O me hacía el sordo o abría. Si hacia lo primero posiblemente conseguiría que el agente se largase. Si abría, lo que conseguiría iba a ser unas cuantas preguntas, porque estaba seguro de que aquel policía era compañero del que estaba enterrado en el almacén. Seguramente, extrañado por la desaparición de éste, le andaba buscando.

Así que lo mejor era hacerse el sordo y, en cuanto se marchase, yo haría lo mismo.

Llamó un par de veces más y luego le vi cómo se alejaba por el sendero de grava del jardín en dirección al coche-patrulla. Observé que hablaba por radio. Después, se quedó allí plantado, con los brazos en jarras, mirando a su alrededor. Lo más probable era que se estuviera preguntando dónde se habría metido su compañero.

Por fin le vi moverse.

Me alarmó el hecho de que no se largara de allí, pero aún me alarmé más cuando observé que se dirigía a mi automóvil. Desgraciadamente, era el único que había aparcado frente a la casa.

Echó un vistazo al interior del mismo a través de la portezuela del conductor, un vistazo que se me hizo eterno. Luego, se dirigió a la parte posterior y el muy cabrón intentó abrir el portaequipajes. ¿Qué diablos andaría buscando?

Finalmente, para mi desesperación, tomó nota de la matrícula en un pequeño block.

Después, regresó al coche-patrulla.

Dejé escapar un suspiro de alivio cuando vi que lo ponía en marcha y que se alejaba de allí.

Ahora ya tenía el camino libre.

Bajé al saloncito y me serví lo que yo creía que iba a ser el último trago en aquella maldita casa.

Pero estaba en un error.

Mientras bebía volví a verla.

La muy hija de puta estaba en la puerta del almacén. La diminuta y abominable criatura miraba en dirección a la ventana tras la cual me encontraba yo.

¡Me estaba desafiando!

Arrojé furiosamente el vaso al suelo y salí como una fiera al patio en el instante en que la muñeca se metía otra vez en el almacén.

—¡Esta vez no te saldrás con la tuya! —le grité mientras corría tras ella.

Naturalmente, cuando entré allí la diabólica criatura ya había desaparecido.

Jadeando por la carrera, mis ojos recorrieron todos y cada uno de los rincones de aquel lugar. Puesto que yo mismo había derribado la estantería, el único lugar donde podía ocultarse era detrás de alguno de los escasos muebles.

Uno a uno los fui apartando con violencia.

Hortensia no apareció por parte alguna pero sí encontré algo que provocó en mí una risita de triunfo; detrás de una pequeña mesa había un agujero lo bastante grande como para que el monstruo de la boquita pintada pudiera pasar a través de él.

—Sé que estás ahí —le dije encaminándose hacia el mismo—. ¡Esta vez te he atrapado!

Sentí una viva satisfacción al saber que por fin iba a poder destruir a la abominable criatura. Aquélla era ya una cuestión de amor propio. No podía permitir en modo alguno que una muñeca se burlara de mí.

Yo era superior a ella.

Cualquier ser humano es superior a una muñeca por muy perfecta que ésta sea.

Metí la mano por el agujero, gozando anticipadamente con la dulce satisfacción de poder agarrar sus piernecitas. Pero, de repente, sentí un dolor terrible que me hizo soltar un alarido, y al retirar rápidamente la mano comprobé que ésta sangraba en abundancia.

¡Aquella hija de puta me había cortado un dedo!

Furioso, blasfemando, soportando a duras penas el intenso dolor,

me incorporé.

Era un error intentar atraparla utilizando aquel método. Seguramente, iba armada con algún cuchillo u otro objeto cortante.

Me envolví el muñón con el pañuelo, sin dejar de blasfemar en ningún momento, gimiendo de dolor y con la garganta seca a causa de la incontrolada rabia que sentía.

Recordé entonces la pistola del policía.

Pero la había dejado en la casa y no estaba dispuesto a ir por ella. En cuanto le diese la espalda, la muñeca abandonaría su escondite y ahora que la había atrapado no iba a permitir tal cosa.

Se me ocurrió una idea maquiavélica.

¡Le prendería fuego al escondite!

Busqué algo que pudiera arder.

Allí estaban aún los periódicos que utilizaba el vagabundo para tumbarse en el suelo. Me dispuse a recogerlos pero sin perder de vista el agujero. No quería sorpresas.

Con los periódicos formé una antorcha y busqué mi encendedor en el bolsillo de la americana.

En el preciso instante en que me disponía a encenderlo, oí un grito:

—¡Señor Milton!

¡Era la voz de mi secretaria!

Me quedé con la antorcha en la mano, sin saber qué hacer aunque era obvio que aquél no era el mejor momento para llevar a cabo mis planes.

—¡Señor Milton! ¿Está usted ahí?

Por la procedencia de la voz, calculé que Rose se encontraba al otro lado de la puerta que daba acceso al patio. Con toda seguridad habría estado llamando al timbre de la casa pero yo no la había oído.

¡Maldita sea! ¿Qué habría venido a hacer allí aquella idiota?

—¡Señor Milton!

Arrojé la antorcha al suelo y a continuación taponé el agujero con todos los muebles que fui capaz de amontonar. Era materialmente imposible que aquella abominable criatura pudiera escapar de allí.

¡Estaba atrapada!

Luego, fui a abrir la puerta.

Pero Rose no estaba sola.

El policía que había visto hacía un momento la acompañaba.

—Señor Milton —dijo ella—. Tiene usted un aspecto horrible.

—¿Se encuentra bien? —me preguntó el policía.

—Sí…

—¿Y esa herida?

—No es nada —respondí ocultando la mano en el bolsillo de la americana.

—¡Pero ese pañuelo está empapado de sangre! —exclamó mi secretaria—. Déjeme que le eche un vistazo.

—¡Le he dicho que no es nada! Y ahora dígame que está usted haciendo aquí, Rose.

—¿Y aún lo pregunta? ¡Es el colmo! Llevo más de diez días sin saber nada de usted.

—Tiene razón. Lo siento. Pero he estado muy ocupado.

—Podía haber telefoneado, ¿no? He pasado unos días terribles. Estuve indagando en su apartamento, en ese bar al que suele ir. He llamado a Amanda y a todos los hospitales y clínicas de la ciudad. Pero nadie me daba razón de Doc Milton. Menos mal que finalmente recordé esta dirección…

—Y avisó a la Policía para que viniera a echar un vistazo, ¿no?

—Así es.

—Vi su coche ahí fuera —dijo el agente—. Y llamé a Comisaría.

—¿Y cómo sabía que era mi coche?

—Yo les di el número de matrícula, señor Milton —dijo Rose.

La herida de la mano me estaba doliendo cada vez más y tenía que hacer verdaderos esfuerzos para no gritar.

—Bien —dije mirando a ambos—. Ya me han encontrado. Ahora pueden irse.

—Señor Milton, ¿qué está usted haciendo *exactamente* aquí? —me preguntó Rose.

Le espeté:

—Eso no es cosa suya.

—Pues yo creo que sí lo es. Su comportamiento es muy extraño y tiene un aspecto… horrible. Está pálido, demacrado…

—Estoy bien, Rose. Perfectamente. Pero la señora Collins aún me necesita. Así que, por favor, váyanse de una vez…

Les cerré la puerta en las narices y entré en la casa.

Tenía que curarme aquella herida. Me dolía tanto que ni siquiera podía razonar.

En el botiquín únicamente encontré un frasco de alcohol.

Vacié la mitad del contenido en la herida. Mi aullido por el dolor que aquello me causó retumbó en toda la casa. Luego, comencé a sudar, sentí que me mareaba y tuve que sentarme en el taburete del baño para no caerme al suelo.

Poco a poco me fui recuperando y me hice un vendaje en la herida. No fue fácil porque tuve que utilizar la mano izquierda.

Un buen trago de *whisky* acabó por entonarme totalmente.

Ahora iría a por *ella*.

Mientras cruzaba el patio iba pensando en la satisfacción que me produciría el olor a chamuscado de su tierno cuerpecito plastificado. Era una sensación que me producía un placer indescriptible; la sensación de la venganza…

¡Por fin iba a poder vengarme de aquella horrible criatura!

Todo estaba como lo había dejado.

Así que ella seguía allí dentro, prisionera.

Retiré los muebles.

Y mientras encendía la antorcha de papel, le pregunté:

—¿Qué sientes al saber que vas a morir muy pronto? ¿Eh?

Me eché a reír.

Le grité:

—¡Adiós, amiguita!

Arrojé la antorcha al interior del agujero y a los pocos segundos, tal como yo lo había previsto, llegó hasta mí el inconfundible olor a chamuscado.

¡Jamás en toda mi vida había experimentado una sensación como aquélla!

La humareda se hizo más intensa.

Luego, poco a poco, se fue extinguiendo y cuando hubo desaparecido del todo, cuando únicamente quedó un apestoso olor a plástico, saqué los restos de *Hortensia* utilizando un trozo de cartón.

Allí estaba.

Lo único que quedaba de ella eran sus cenizas. Sólo uno de sus

ojos se había salvado de la quema, un ojo que me recordó en cierto modo al que había perdido Harriet.

Lo aplasté furiosamente con el tacón del zapato.

Luego, abandoné el almacén. Me sentía muy satisfecho de mí mismo, hasta el extremo de que ni siquiera notaba dolor en la mano.

Ahora sí, había llegado el momento de abandonar aquella casa e irme cuanto más lejos mejor.

Pero mi destino estaba marcado.

4

Iba conduciendo tranquilamente, sin prisas.

Por la abierta ventanilla penetraba el delicioso frescor del atardecer de aquel día del mes de septiembre.

Todo era perfecto menos el dolor de la herida. Había vuelto a molestarme. Pensé que para acabar de una vez con aquella pesadilla, lo mejor sería ir a que me viera un médico.

Un par de millas más adelante, detuve el coche en el aparcamiento de un hospital.

Entré y me dirigí a la enfermera que atendía la recepción.

—Quisiera que me curaran esta herida —le dije mostrándole la mano.

—Vaya al servicio de Urgencias. Está en la primera planta.

Subí y me encontré con media docena de personas que estaban esperando sentadas en los bancos. Yo también me senté y encendí un cigarrillo, a pesar del cartel que indicaba que estaba prohibido fumar. Una mujer me miró con cara de pocos amigos.

—No se puede fumar, señor —oí de pronto a mi lado.

Me volví.

Se trataba de una niña de unos seis o siete años, rubita, muy mona.

—Si tú lo dices… —Apagué el cigarrillo en el cenicero que tenía junto a mí.

—Me llamo Vilma. ¿Y tú?

—Doc.

—¿Qué te has hecho en la mano, Doc?

—Un pequeño corte. No es nada. ¿Y tú? ¿Por qué estás aquí?

—Me duele la barriguita. El médico dice que puede ser apendicitis.

—¡Vilma, no molestes al señor! —Una mujer de unos treinta años de buen aspecto se acercó y cogió a la niña por el brazo con

intención de llevársela.

—No me ha molestado, señora —le dije amablemente.

La mujer me dedicó una sonrisa de agradecimiento y ambas se alejaron en dirección a un banco donde había un hombre leyendo un periódico. Supuse que debía de ser el padre de la niña.

Alguien a quién yo no deseaba ver, apareció de pronto.

Era mi secretaria.

—¿Qué diablos está haciendo aquí? —le pregunté con un gruñido.

—Le he estado siguiendo.

—¿Qué?

Se sentó a mi lado.

—Señor Milton, me tiene usted muy preocupada…

—Rose, ya le dije que estoy perfectamente. Así que, por favor, regrese a la ciudad y olvídese de mí.

—¿Qué me olvide de usted? ¿Qué quiere decir?

—Sencillamente, que he decidido cerrar el negocio. Pero no se preocupe. Recibirá seis meses de paga. Se la enviaré por correo uno de estos días.

—*No* es usted el mismo Doc Milton que yo conocía hace un par de semanas —afirmó ella con toda seriedad—. No, no lo es. Ha cambiado profundamente. Me di cuenta nada más verle en aquella casa y por ese motivo decidí no abandonarle. En cuanto me despedí del policía regresé allí. Me disponía a llamar a la puerta cuando le vi salir…

—¿Por qué no me dijo nada? Pensó que era mejor seguirme, ¿verdad?

—Así es. Quería averiguar a dónde iba.

—Ahora ya lo sabe, Rose. Venía a este hospital para curarme la mano. Una vez satisfecha su curiosidad, será mejor que se vaya. Ya tendrá noticias mías.

—Como quiera.

Se levantó de mala gana y se alejó lentamente hacia la escalera. Antes de bajar por ella, me dirigió una mirada.

—Adiós, señor Milton.

—Adiós.

La sala de espera se había ido vaciando. Únicamente quedábamos Vilma y yo.

Una enfermera se me acercó para preguntarme el nombre. Se lo dije, tomó nota en una cartulina y me invitó a pasar a una salita donde había un médico.

Cuando me vio la herida, movió la cabeza y alzó los ojos para mirarme.

—¿Cómo se lo ha hecho?

—¿Importa mucho eso, doctor?

Se encogió de hombros.

—En realidad, no. En fin, tendrá que permanecer aquí durante tres o cuatro días.

—¿No puede solucionarlo usted?

—Yo únicamente puedo hacerle una primera cura, señor… —consultó mi nombre en la cartulina que le había entregado la enfermera—. Milton. El resto depende de un traumatólogo. No sé si se da usted cuenta pero ha perdido un dedo. No se trata de una vulgar herida, ¿comprende? Hay que intervenir, cerrar ese muñón. La enfermera le acompañará a la Administración para que formalicen su ingreso.

Unos quince minutos después, estaba instalado en una habitación con dos camas separadas por un biombo. La otra cama estaba vacía.

Una enfermera me trajo un pijama que me venía un poco grande y me ordenó que, una vez que me lo hubiera puesto, me metiera en la cama.

Una vez acomodado en la misma, intenté ver el lado positivo de aquella nueva e inesperada situación.

En efecto, lo mejor era que me arreglasen aquel dedo de una vez por todas.

Además, no me vendrían nada mal tres o cuatro días de descanso.

La puerta de la habitación se abrió y volvió a entrar la enfermera que me había instalado allí poco antes.

Vilma y sus padres la acompañaban.

La pequeña me reconoció de inmediato.

Asomó la cabecita por el biombo exclamando alegremente:

—¡Hola, Doc!

—Hola. Por lo visto vamos a ser vecinos, ¿eh?

La enfermera me informó de la situación.

—La niña se quedará aquí solo hasta mañana por la mañana, que la van a operar de apendicitis. Luego, la trasladarán a otra habitación.

—Por mí no hay inconveniente —respondí—. En realidad, prefiero estar acompañado.

Los padres de la pequeña se despidieron cariñosamente de ella una vez que la enfermera la hubo acostado.

Cuando pasaron por mi lado me desearon amablemente buena suerte y abandonaron la habitación.

La enfermera lo hizo poco después de comprobar que todo estaba en orden y de decirnos que, si queríamos algo, sólo teníamos que pulsar el timbre que había en la mesita de noche.

—¿Qué tal estás, Vilma? —le pregunté a la niña a través del biombo cuando nos quedamos a solas.

—Bien. ¿Y tú?

Le expliqué:

—Bueno, me duele un poco la mano pero se puede soportar.

Oí que la pequeña se movía.

—¿Qué haces, Vilma?

—Quiero presentarte a mi amiga —respondió y al cabo de un momento apareció con una muñeca en sus brazos.

Me eché a temblar de modo incontrolado.

5

—Se llama Silvia —me informó la pequeña—. ¿No has oído hablar de ella? Es la muñeca perfecta.

La colocó encima de mi cama.

Era idéntica a Hortensia.

Los mismos ojos, la misma boquita pintada, los mismos muslos rollizos y perfectos. Sólo era distinto el vestido.

—¿No te gusta, Doc?

Supuse que la niña me hacía aquella pregunta al ver mi cara de espanto.

—Sí… es muy bonita, Vilma.

—Si quieres puedes tocarla.

—¡No!

La niña me miró, extrañada.

—¿Qué te pasa, Doc? ¿No te encuentras bien? Estás muy pálido. ¿Quieres que llame a la enfermera?

—No… no me pasa nada… pero llévatela de aquí, Vilma. ¡Quítala de mi vista!

La pequeña se sintió ofendida.

Cogió la muñeca lentamente y, sollozando, desapareció al otro lado del biombo.

Dios mío, pensé angustiado. ¿Por qué me aterrorizo cada vez que veo a una de esas malditas muñecas?

Sin embargo, aquella pregunta no tenía el menor sentido. En realidad, tenía motivos más que suficientes para sentir ese terror después de todo lo que había pasado en casa de Harriet.

Pero al parecer sólo me ocurría a mí.

¿Por qué?

Ahora, en la soledad de aquella habitación, lejos de la casa de Harriet, todo lo ocurrido allí me parecía una terrible pesadilla. Y no obstante, había sucedido.

O quizá no.

¿Y si todo fuese *únicamente* producto de mi imaginación?

Pero eso no era posible.

Yo había visto a aquella horrible muñeca asesinar a Harriet. ¡Lo había visto con mis propios ojos! ¿Y lo que había ocurrido después? ¿Lo había soñado?

¡No!

¡Mil veces no!

Había sucedido.

Era real.

Pero ¿cómo podía ser real que una muñeca cobrase vida? ¡Eso era imposible!

Mi cerebro estaba a punto de estallar. Las preguntas y las respuestas se sucedían de forma ininterrumpida. ¿Y si nada de lo que había ocurrido en casa de Harriet fuese realidad? ¿Y si todo hubiese sido sólo un mal sueño? Lo que había pasado allí era tan inverosímil y tan absurdo, que comencé a dudar.

Si eso era cierto, era como poner en duda la muerte de aquel vagabundo, el asesinato de Harriet, mi lucha con la abominable muñeca y todo lo demás.

Recordé entonces el caso de un cliente que sufría alucinaciones. Amaba tanto a su esposa que la veía en compañía de otro tipo y me contrató para que le siguiera. Quería sorprenderlos in fraganti. Naturalmente, nunca pude complacerle porque su esposa era fiel como un perro.

«Tienes que ir a un psiquiatra, Doc —me dije—. Comprende que estás hecho un lío… Has de solucionar eso o acabarás loco. Posiblemente te diga que todo es a consecuencia de la muerte de tu hermana. Ruth murió por salvar a su muñeca…».

Después de aquella serie de reflexiones me sentí algo mejor.

—Vilma… —La llamé.

—¿Qué quieres?

—¿Estás enfadada conmigo?

—¡Sí!

—Anda, ven. Haremos las paces.

—No quiero.

Y no hubo forma de hacerle cambiar de opinión. Media hora más tarde vino la enfermera con la cena, una cena horrible de la

que dejé más de la mitad. De nuevo intenté congraciarme con Vilma, pero fue inútil. Poco después, su largo silencio me dio a entender que se había dormido. Me levanté para apagar la luz de su cama.

Tenía la muñeca entre sus brazos, apretada contra su pecho.

Al verla, sentí un profundo escalofrío. Aquello era superior a mí. Tenía que hacer algo para ponerle remedio.

En el momento en que me disponía a apagar la luz, descubrí con horror que me estaba observando.

Sus pequeños ojitos negros permanecían fijos en mí, amenazadores.

—No vayas a creer que te tengo miedo, pequeña zorra… —le hablé en voz baja, casi con un susurro—. Ya me he cargado a una de tus compañeras. Y haría lo mismo contigo si fuera necesario, ¿entiendes? Así es que no se te ocurra molestarme…

Apagué la luz y regresé a mi cama.

La camarera apareció poco después para llevarse el servicio.

—Es hora de dormir —me dijo—. Buenas noches.

La habitación quedó sumida en una suave penumbra. Cerré los ojos con intención de dormir, pero no pude conseguirlo. La presencia de aquella muñeca tan cerca de mí me ponía nervioso.

Tienes que controlarte, Doc —me dije—. ¡Contrólate!

Por un momento, tuve la sensación de haberlo conseguido, pero de repente, sentí un ruido.

Como si alguien arrastrase los pies al andar.

Alcé la cabeza.

Miré hacia el suelo.

Ella estaba allí.

Permanecía inmóvil en un pequeño rectángulo débilmente iluminado por la claridad que penetraba por la ventana.

Me miraba.

Y había una sonrisa diabólica en su boquita.

Me recordó a *Hortensia*.

Al tiempo que dejaba escapar un feroz grito de rabia, le arrojé la almohada.

Se ocultó detrás del biombo.

Salté de la cama y fui tras ella como un loco. Al verme, echó a correr.

Sus zapatitos resonaban en el suelo.

Clic, clac, clic, clac…

—¡Zorra! —aullé.

En esta ocasión, se había metido debajo de la cama y hacia allí fui yo en el momento en que se encendía la luz de la habitación y escuchaba la voz de la enfermera.

—¡Señor Milton! ¿Qué le ocurre?

Me imagino su cara de sorpresa cuando me descubrió debajo de la cama de Vilma intentando atrapar a aquella abominable criatura que, sin embargo, una vez más, fue mucho más rápida que yo y huyó a toda velocidad.

—¡Ven aquí! ¡Hija de puta! ¡Ven aquí!

La enfermera desapareció y volvió a aparecer pocos instantes después en compañía de un par de rudos compañeros que me sacaron a rastras de allá abajo.

Por un momento, pude ver que la pequeña me observaba completamente atónita, incrédula.

—¿Qué hacemos con él? —Oí que preguntaba uno de aquellos tipos.

—Le pondré un calmante —respondió la enfermera—. Luego, hablaré con el doctor Swanson.

No me importaba lo que me hicieran, me traía sin cuidado. Incluso deseaba la muerte.

Cualquier cosa era mejor que aquella interminable locura.

6

No sé el tiempo que transcurrió después.

Es posible que fuesen semanas, meses o años. No lo sé. Lo único que sé es que durante una eternidad permanecí encerrado en una habitación de blancas paredes, completamente solo, y que de vez en cuando el doctor Swanson me sometió a un complejo tratamiento durante el cual, entre otras muchas cosas, me machacó a preguntas y me obligó a responder a un test tras otro.

Fue una terapia dura y agotadora y que se me antojó interminable, pero de una cosa sí estaba seguro.

Me sentía mucho mejor.

Era como si mi cerebro hubiera estado sumergido desde la infancia en una completa oscuridad y que ahora, poco a poco, estuviera saliendo a la luz.

Lo veía todo con mucha más claridad y, cuando pensaba en lo sucedido, sentía lástima de mí mismo.

No cabía ninguna duda de que había estado al borde de la locura.

Pero aún quedaban muchas preguntas por responder, de lo cual se encargó el doctor Swanson aquella mañana…

Entré en su despacho cerca del mediodía.

Me estaba esperando detrás de su mesa y, amablemente, me indicó una silla. Con mi expediente en las manos, comenzó a hablarme con la sinceridad que le caracterizaba.

—¿Qué tal se encuentra? —me preguntó.

—Muy bien, doctor. Mejor que nunca.

—Eso está bien.

—Doctor…

—Dígame.

—¿Estoy… curado?

—Por supuesto. Desde el momento que ha admitido una serie de

razonamientos largos de explicar. Entre ellos y el más importante: *que fue usted el culpable de la muerte de su hermana.*

Me quedé atónito.

—¡Pero eso no es posible, doctor! —me apresuré a decir—. ¡Yo no puedo haber admitido tal cosa!

—Lo hizo, sin duda ninguna, durante una de las terapias. Era algo que estaba guardando en su subconsciente, algo que ese mismo subconsciente se negaba a aceptar como realidad. Pero es indudable que usted mató a su hermana Ruth. Aunque de forma accidental, por supuesto. Usted no quería matarla, pero murió por culpa suya.

Protesté:

—¡Eso no es cierto!

—Déjeme que se lo explique, señor Milton. Aquel día, su hermana y usted estaban jugando en el río. Ella llevaba su muñeca favorita consigo. Entonces, usted, para hacerla enfadar un poco, le quitó la muñeca y la arrojó al agua. La corriente se la llevó río abajo. Ruth, desesperada, corrió por la orilla. Quería su muñeca a toda costa. Ésta quedó atrapada entre dos piedras. La muchacha se metió en el agua para cogerla… El resto se lo puede suponer. Es decir, *que fue usted quien provocó el accidente que causó la muerte de Ruth*. Es incuestionable.

—¡Santo Cielo!

—Desde entonces, se ha negado a admitirlo. Mejor dicho, su subconsciente se negó siempre a hacerlo. Ésa es la única verdad, señor Milton. Ello le causó una terrible fobia a las muñecas.

—Entonces…

—Pregunte sin miedo, señor Milton.

—Todo lo que… ha sucedido… Me refiero a… a…

—Sé a lo que se refiere, señor Milton —sonrió el doctor—. ¿Sabe? Durante muchos años ha vivido usted en una constante ficción. Quiero decir que buena parte de su vida ha sido una fantasía, una pesadilla o llámelo como quiera. Lo real y lo irreal se han entremezclado en su cerebro. Pero siempre, repito, siempre, ha habido de por medio un factor que ha desencadenado esa situación; las muñecas. Su sola contemplación, su presencia, ha sido suficiente para que su cerebro reaccionase y se pusiera en marcha un

complejo sistema de defensa y de odio. Y ello convertía su vida en una serie de hechos inexistentes, hechos que únicamente tenían lugar en su mente enferma.

—En ese caso…

—En ese caso, señor Milton, nada de lo que usted ha creído *vivir* es auténtico.

—¡Pero yo vi a aquel vagabundo muerto! ¡Tenía el cuerpo lleno de sangre! ¡Alguien lo había acuchillado y arrojé su cadáver al lago Castle!

—Falso. Jeremy Jones está vivo.

—Vi… vi cómo aquella muñeca… asesinaba a la señora Collins…

—Falso. La señora Collins está viva.

—¡Dios mío! ¿Y las muñecas? ¿Qué me dice de ellas? ¡Las vi con mis propios ojos!

—Claro que existen, pero por supuesto ninguna de ellas asesinó a la señora Collins, ni le desafió a usted, ni murió quemada. Todo eso, absolutamente todo, es producto de su imaginación. Señor Milton, *las muñecas no tienen vida*.

—Lo sé, lo sé, pero…

—No le dé más vueltas. Todo es falso. Sé que le costará admitirlo, que pasará algún tiempo antes de que pueda usted asimilar todo lo que le ha ocurrido. Dele tiempo a su cerebro para que se adapte a la nueva realidad.

Entonces, reparé en mi mano vendada.

—¿Y qué me dice de esto, doctor?

—Tuvo un accidente y se cortó un dedo.

—¿Un… accidente?

—Mientras perseguía a esa *Hortensia* con un cuchillo.

—No recuerdo haber hecho tal cosa.

—Pero lo hizo.

—Un momento… Acaba usted de decir que «perseguía» a *Hortensia*…

—En efecto.

—Eso significa que huía de mí…

Swanson se echó a reír.

—No, hombre. Simplemente era algo que usted se imaginaba, pero *no* era cierto.

—Ah…

—Señor Milton —dijo el doctor poniéndose en pie—. Tuvo usted suerte de venir a parar a este hospital. Fue una buena idea su decisión de curarse esa mano y sobre todo de conocer a la pequeña Vilma. De otro modo, es posible que su curación hubiera llegado demasiado tarde. Por una vez, la muñeca más perfecta del mundo le ha salvado.

—¿Qué quiere decir?

—Me refiero a esa muñeca que llevaba Vilma. Gracias a ella hemos podido llegar a tiempo de poner en orden su cerebro, señor Milton. Bueno, gracias a ella y a su amiga Amanda.

—¿Amanda?

—Está ahí fuera, esperándole.

—¿Quiere decir que…?

Swanson sonrió.

—Sí, señor Milton. Puede usted irse a su casa.

Le estreché la mano al doctor, calurosamente, y abandoné su despacho.

En efecto, Amanda estaba en el saloncito. Nos abrazamos y permanecimos unos instantes en silencio.

—¿Cómo has sabido dónde me encontraba? —le pregunté.

—Me lo dijo Rose.

—Está bien, nena. Salgamos de aquí. Tengo ganas de respirar un poco de aire puro.

EPÍLOGO

Hice mi equipaje y nos dirigimos al aparcamiento. Decidimos que era mejor que yo no condujera, así que nos fuimos en el coche de Amanda. Ya iría a recoger el mío cualquier día.

—Me has hecho pasar unos días terribles, Doc —me dijo ella mientras conducía—. No sabía nada de ti. Incluso llegué a creer que te había ocurrido algo irreparable…

—Lo siento, Amanda. Para mí tampoco ha sido fácil, te lo aseguro. ¿Has hablado con el doctor Swanson?

—Sí.

Comenté inquieto:

—Te lo habrá contado todo.

Asintió con la cabeza.

—Yo todavía no lo entiendo —afirmé—. Te juro que no comprendo absolutamente nada. ¿Cómo es posible que todo cuanto me ha ocurrido no sea más que una fantasía de mi imaginación? Yo lo he vivido, Amanda. He visto cómo sucedían las cosas a mi alrededor del mismo modo que te estoy viendo a ti ahora. ¿Dónde termina lo irreal y comienza la realidad? ¿Dónde?

—Doc, tengo algunos encargos de parte del doctor Swanson.

La miré.

—No comprendo.

—Ante todo me ha pedido que te obligue a descansar una temporada y que luego… Bueno, luego te llevaré a visitar a la señora Collins.

Exclamé:

—¡No puede estar viva, Amanda!

—Te juro que lo está.

—¡Pero si yo…!

Ella me atajó:

—Por favor, Doc. No intentes comprenderlo. Aún es pronto. Deja

que pase un poco más de tiempo. De una cosa tienes que estar seguro, cariño. Ahora ya estás curado. ¿Me entiendes? Ya estás curado, Doc. Y eso es lo único que cuenta.

Quizá el doctor tuviera razón. Es posible que después de que mi subconsciente hubiera admitido que yo era el culpable de la muerte de mi hermana Ruth, se hubiera arreglado todo.

Es posible…

¡Pero seguía sin comprender tantas cosas!

Llegamos a la ciudad cuando ya anochecía.

Fuimos al apartamento de Amanda donde ya tenía preparada una cena especial para mí y champán.

Abrimos la botella y brindamos.

—Por nosotros —dijo ella.

Cenamos, y mientras lo hacíamos Amanda me estuvo contando los planes que tenía *in mente*.

—Pasado mañana saldremos de viaje. Iremos a Springfalls. En esta época del año no hay apenas nadie. El paisaje es maravilloso y tranquilo. ¿Sabes esquiar?

—No tengo ni idea.

Ella dijo animada:

—Yo te enseñaré.

Pero algo me tenía inquieto.

—Amanda…

—Sí, cariño…

—¿Y de dónde vamos a sacar el dinero para pagar todo eso?

Ella se puso en pie y regresó con su bolso. Lo abrió y colocó un fajo de billetes sobre la mesa.

—¿De dónde has sacado eso? —le pregunté.

—Es tuyo, cielo.

—¿Mío?

—Lo llevabas en uno de los bolsillos de tu americana.

Entonces recordé la procedencia de aquel dinero. Era el que le había quitado a Harriet de la caja fuerte después…

¡Después de que la enterrara en el almacén!

Así pues, aquello *era cierto*.

Vi que Amanda sonreía.

—Doc, sé lo que estás pensando. Que es muy cómodo hacer planes con el dinero de los demás. Pero espero que no te sepa mal.

Al fin y al cabo soy tu chica, ¿no?

—Amanda… no… entiendo nada… ¡Por favor, ayúdame!

—Doc, ¿qué te pasa?

Abandoné tambaleándome el comedor en dirección al dormitorio. Amanda vino detrás de mí, desconcertada.

—¡Doc! ¿Qué ocurre? ¡Dímelo, por Dios!

—Ese dinero… yo… lo robé de la caja fuerte de Harriet después de… que la hubiera enterrado en el almacén… Por lo tanto, ella *está muerta*. ¡La asesinó aquella muñeca! ¡Y si eso es cierto, también lo es todo lo demás!

—¡No, Doc! ¡No! ¡La señora Collins está viva! ¡La he visto con mis propios ojos!

—Dios… —gemí—. No… No comprendo lo que me pasa, Amanda… La… cabeza me duele terriblemente…

—Cariño…

Y entonces la vi.

Estaba sobre la mesita de noche.

Como la última que vez que estuve allí.

Dos negros ojitos me miraban, fijamente, y en su boquita pintada había una sonrisa siniestra.

—¡Nooooo! —aullé.

Lo último que recuerdo fue que mi cuerpo se estrelló contra los cristales de la ventana.

Luego, mientras descendía por el vacío, todo se hizo confuso.

FIN

CUATRO SERIES
en las que sólo tienen cabida obras
RIGUROSAMENTE INEDITAS
de los autores de mayor prestigio

Serie ciencia ficción
GALAXIA 2000

Serie oeste
MUSTANG

Serie policíaca
TOP SECRET

Serie terror
THANATOS

75 ptas.